TEMAS SEXUALES

A. MARTIN
DE LUCENAY



1'25 PTS.

la sexualidad futura

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACIÓN SEXUAL

60

A. MARTIN DE LUCENAY

LA SEXUALIDAD FUTURA

Una aventura en París.—Los "Hermanos de la Moral".—Las Adoradoras de Safo.—El experimento del Dr. Gladstone.—El loco que soñó con el amor.—Epílogo.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO, 8025.—MADRID

PRIMERA EDICIÓN
JULIO 1934

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

Bolaños y Aguilar (S. L.). Talleres gráficos. Altamirano, 50, Madrid.

PROLOGO DEL TEMA

La moral, ¡siempre la moral!, sigue obstinada en la inútil tarea de poner al instinto los diques y las trabas que le sugiere su concepto de la vida y de la ética social, mientras que los impulsos naturales, saltando por encima de esas barreras y zafándose de tantas tiranías como a toda costa se quieren acumular en su torno, se pliegan a la hipocresía, y, al cabo del tiempo, se deforman tanto, que acaban por adquirir una expresión rayana en la normalidad.

La moral está matando a la biología, cuando la biología es la fuente de la vida. Es, pues, una lucha enconada y feroz, a muerte. Pero el orden social no se altera, y la vida marcha. El orden social es una ficción, es una mentira organizada oficial y sistemáticamente en el seno de una sociedad decrépita en la que sólo tienen una expresión legítima los extremismos de todo género. Es más moral el que mejor sabe adaptarse a las doctrinas propugnadas por la mayoría dirigente, autoridad de fondo económico, que establece leyes espirituales inviolables. Triunfan los más hábiles, es decir, los más hipócritas, los que, cubriendo la forma con los albos ropajes de la conveniencia unánime, dejan escapar por la boca entreabierta el hálito hediondo de la ciénaga que llevan por alma. La sociedad marcha.

Todo esto, todo lo que ya no puede contenerse dentro del margen estrecho de los viejos moldes, porque al llenarlos se ha desbordado, no es más que el producto de la dura lucha entablada entre la civilización y la Naturaleza, las dos fuerzas contrarias sobre las que hace equilibrios la biología histórica, tan deformada como la misma vida.

Las viejas instituciones tradicionales, que eran hace pocos años aún el sostén de la raza—el amor, el matrimonio, la familia—, ¿qué son ahora más que tristes remedos, risibles caricaturas que flotan sobre las olas revueltas de la modernidad?... Es el vicio, el libertinaje y la promiscuidad el trípode sobre que se asienta la sociedad nueva, que, a pesar de todo, practica los ritos de la moral imperecedera.

Ya no hay poetas: no hay más que vendedores de condones y pe-

sarios oclusivos, en cuyo mercancía palpita la más bella poesía de la vida.

No hay, triste es confesarlo, ni religión siquiera. La moral legítima se ha derrumbado, y las prédicas sabias de los ascetas bienintencionados han sido substituídas por las declamaciones de los farsantes. Estamos en el siglo de los materialismos, de la nula existencia espiritual. Ya no hay nada serio, porque la seriedad es incompatible con la alegría, y la humanidad civilizada está por los placeres más que por la filosofía, que, después de todo, no conduce a nada prácticamente útil ni fundamentalmente bello. Nuestro cinismo se ha desbordado por las aberturas del sexo como una secreción más, de la que aún no se han atrevido a hablar los endocrinólogos: el cinismo es la secreción de una nueva glándula que se llama el alma.

Tal es, a grandes trazos expuesto, el panorama que ofrece la civilización contemporánea, y que irá recargando sus tonos a medida que se vayan sucediendo las generaciones influenciadas por esa moral machacona y contumaz, que se obstina en no renovarse. Pero, por fortuna, aún quedan rebeldes que no acaban de constituir una mayoría. No obstante, a pesar de todo, en esa minoría se vislumbran las luces del porvenir de una nueva raza de gentes nobles y sanas de cuerpo y de alma, que seguirán viviendo acosadas como fieras por las jaurías de la vieja moral que se guarecen en los baluartes de la tradición amasada con artificios y convencionalismos del tiempo de las hachas de sílex.

En todo el curso de la obra que aquí terminamos, se ha visto que el origen de la mayoría de las perversiones sexuales tienen un fondo más social que biológico, es decir, que sólo el afán de la cultura—no sus progresos—es una de las causas que más directamente influyen en la represión de los impulsos naturales, que, faltos de facilidad de expresión, se desbordan y saltan por encima de la razón, para manifestarse en formas extrañas y sorprendentes. Hace pocos años, el homosexual, o, por mejor decir, el vicioso, tenía en contra a las gentes normales, que condenaban su vicio con una repulsa unánime; el adulterio, el infanticidio, la violación, etc., eran sancionados con las penas más brutales y severas...

Hoy, la homosexualidad, que acertadamente ha sido borrada de los Códigos como delito, ha llegado a ser tanto como una modalidad normal de la sexualidad, y el invertido resulta que es un "espíritu selecto". La mujer adúltera, que traiciona a su marido y atenta contra los intereses de sus hijos, está protegida por las leyes. La mujer que asesina al fruto de sus amores—o de su sensualidad—, lo hace para "ocultar su deshonra". El hombre que viola a una doncella es un conquistador, un Don Juan afortunado...

Y en el fondo de todo ello, no vemos más que, por una parte, los efectos de las restricciones de la vieja moral, y, por otra, el "progreso" —ahora sí—de la cultura, que obliga a los legisladores a dulcificar las penas, en atención a esas razones morales y biológicas completamente artificiales.

Esto no lo entiende nadie. Pero el resultado cierto es que en todo este caos de ideas morales y actos biológicos, la inmoralidad por un lado y el instinto por otro representan la suma de toda la actividad sexual de la humanidad, que ha convertido en fines perversos todos los medios naturales, hasta el punto de que ya no son más que un recuerdo vago de los tiempos en que el amor era el manantial más puro de las fuentes de la vida.

UNA AVENTURA EN PARIS-MONTPARNASSE

El conflicto de Vera Krenieff.—La descendencia del príncipe Ammurabis.—La vitalización de las glándulas.—La psicosis comunistoide.—El imperativo biológico.—La fabricación de seres humanos. Dos soluciones.—En busca del germen de la psicosis amorosa.—En la ciudad de los muertos.—Gerad, el embalsamador.—Los rayos de Grindell Mathews.—La necrocelulina.—Los cadáveres conservados en hielo.—El prisionero de René Couvier.

Cuando René Couvier regresó a su retiro de Neuilly después de dos días de ausencia, su primer cuidado fué desenrollar la bobina de los fonogramas captados por su receptora. Unas palabras de su administrador de Nantes hablándole de la venta de una finca, un largo discurso de su hermana y, ¡por fin!, cerca de tres metros de celuloide de estrías apretadas en lo que Vera Krenieff, que se hallaba en El Cairo, le hablaba de la solución de su conflicto, anunciándole que llegaría el 7 en el aerobús eléctrico de las diecisiete horas veintitrés minutos, que saldría de la Sphinx Station a las catorce horas en punto.

René repitió varias veces la cinta. Le alegraba escuchar la voz de Vera al cabo de dos meses sin saber de ella, cuando, obstinada en marchar al viejo país de los faraones, desoyó los consejos de su mejor amigo, él mismo, asegurándola que su proyecto de descubrir el bálsamo de Anan-Khamon, oculto quién sabía dónde en una redomita de oro perdida entre las piedras milenarias del monumento de Cheops, no era más que una peligrosa aventura que acaso pudiera costarle la salud mental y la vida.

Pero Vera, ambiciosa y enérgica, estaba borracha de egiptología. En los valiosos papiros que un arqueólogo descubrió en 1986 había hallado interesantísimos complementarios de lo que se contenía en los viejos jeroglíficos del subterráneo de Karnak, que ella tradujo y escribió con una clave indescifrable y que después hizo volar con dinamita. Los jeroglíficos estaban esculpidos en dos robustas columnas que se unían en un capitel común de

forma especial, que imitaba perfectamente la hendedura de una vulva femenina: eran las piernas y el sexo de la diosa Isis.

El conflicto de Vera Krenieff era bien simple: se trataba de la vitalización de los gérmenes espermáticos de una momia de tres mil doscientos años. Un célebre sexólogo egipcio había dado a la joven toda clase de facilidades para sus investigaciones, y el director del Museo de Gizeh no tuvo inconveniente en facilitarla el casi petrificado cadáver del príncipe Ammurabis, que había fallecido asesinado al cumplir los veinticinco años de edad, sin dejar más descendencia que una niña, la princesa Ananmundo conocido.

La estudiante búlgara—pues esta era la nacionalidad de Vera—se había propuesto prolongar la existencia de la estirpe de aquel príncipe—su hija murió sin descendencia—, segura de que había de crear una criatura igualmente bella que su hermana, muerta hacía treinta y dos siglos y medio. Al efecto, después de persuadirse de que los gérmenes de la momia habían recobrado toda su vitalidad, preparó cuatro inyecciones con 650.000 espermatozoides cada una, y por el sencillísimo procedimiento de la fecundación artificial, embarazó a cuatro muchachas "fellahs" de belleza extraordinaria, en cuya sangre halló las mismas características que tuvo la del príncipe asesinado.

Couvier escuchó con atención cerca de un metro del cliché radiofónico, en el que Vera, con su voz clara y su acento firme le decía:

"Todo se me ha puesto bien a última hora. Y digo que a última hora, porque ya estaba un poquito cansada de las impertinencias de Gladstone, quien invariablemente a las doce y cuarto, después de la clase de la Facultad, cogía por su cuenta mi receptora para reírse de mí, obstinado en que no era posible que obtuviese la vitalización de las células, necesariamente fragmentadas por los agentes químicos de la necrosis y, muy particularmente, en virtud de la acción corrosiva de los bálsamos que usaron los embalsamadores de Tebas, demasiado técnicos para que dejasen el menor rastro de vida. Pues, chico, esta insistencia de nuestro sabio profesor—a Dios lo que es de Dios...—me llenó de desaliento. En otros "fiambres" posteriores, embalsamados con arreglo a los usos de Mephis, como tú sabes, no existe la menor dificultad para acopiar células y más células; ya ves: el Gobierno de la República egipcia ha decidido fecundar a diez mil y pico mujeres con gérmenes de unos cuantos campesinos del Alto Nilo, cuyas momias se están desempolvando actualmente. Estas conservas están bastante bien, pero no tienen más de dos mil seiscientos siete años la que más. Ahora que, hablándote con franqueza, no estaba yo muy segura de que el príncipe Ammurabis estuviese en tan buenas condiciones.

"No obstante, empecé por servirme de un gato, cuya momia, perfectamente conservada, fué descubierta por lord Carnavon y Howard Carter en 1921. Este animal sagrado perteneció al oratorio particular de Amenotis II, y, por lo tanto, era cuatro siglos más antiguo que Ammurabis. La vitalización no ofreció ninguna dificultad, y después de fecundar a una gata, obtuve cinco preciosos gatitos. Entonces me resolví a resucitar las células del príncipe, y en resumen: que a estas horas los cuatro embarazos van por los cuarenta días, y espero que dentro de doscientos treinta y cinco días, o sea el 7 de abril de 1999, el príncipe Ammurabis tenga cuatro descendientes más: tres niñas y un niño, que a los treinta años será el mismo retrato de su padre. Los nacionalistas tebanos no saben qué hacer conmigo, y ya han empezado los preparativos para solemnizar el natalicio de Ammurabis II, en el que cifran todo el porvenir de su pequeño reino. Gladstone me felicitó esta mañana, emocionadísimo, pidiéndome perdón por sus bromas; estuve hablando con él cerca de seis metros de fonograma, verdadero documento histórico en mi vida científica, que acabo de incombustibilizar para que jamás se me pierda."

René se preparaba para el doctorado de Sexología en la Escuela de Altos Estudios Sexuales. Su tesis versaría precisamente sobre la resurrección de la actividad funcional de las glándulas sexuales mediante la trasplantación. Ya había realizado experimentos muy notables injertando en individuos tarados las glándulas de cadáveres de seres completamente eugénicos, lo mismo hombres que mujeres.

Pudo demostrar que la trasplantación testicular u ovárica podía efectuarse incluso en los grandes delincuentes esterilizados —sifilíticos, alcohólicos, epilépticos, dementes, prostitutas natas, etcétera—, sin más condición que la perfecta salud física. Por lo demás, no había duda que los caracteres morales eran transmisibles por medio de las células germinales, sin que interviniesen

forma especial, que imitaba perfectamente la hendedura de una vulva femenina: eran las piernas y el sexo de la diosa Isis.

El conflicto de Vera Krenieff era bien simple: se trataba de la vitalización de los gérmenes espermáticos de una momia de tres mil doscientos años. Un célebre sexólogo egipcio había dado a la joven toda clase de facilidades para sus investigaciones, y el director del Museo de Gizeh no tuvo inconveniente en facilitarla el casi petrificado cadáver del príncipe Ammurabis, que había fallecido asesinado al cumplir los veinticinco años de edad, sin dejar más descendencia que una niña, la princesa Anan-Khamon, que a los quince años era la criatura más bella del mundo conocido.

La estudiante búlgara—pues esta era la nacionalidad de Vera—se había propuesto prolongar la existencia de la estirpe de aquel príncipe—su hija murió sin descendencia—, segura de que había de crear una criatura igualmente bella que su hermana, muerta hacía treinta y dos siglos y medio. Al efecto, después de persuadirse de que los gérmenes de la momia habían recobrado toda su vitalidad, preparó cuatro inyecciones con 650.000 espermatozoides cada una, y por el sencillísimo procedimiento de la fecundación artificial, embarazó a cuatro muchachas "fellahs" de belleza extraordinaria, en cuya sangre halló las mismas características que tuvo la del príncipe asesinado.

Couvier escuchó con atención cerca de un metro del cliché radiofónico, en el que Vera, con su voz clara y su acento firme le decía:

"Todo se me ha puesto bien a última hora. Y digo que a última hora, porque ya estaba un poquito cansada de las impertinencias de Gladstone, quien invariablemente a las doce y cuarto, después de la clase de la Facultad, cogía por su cuenta mi receptora para reírse de mí, obstinado en que no era posible que obtuviese la vitalización de las células, necesariamente fragmentadas por los agentes químicos de la necrosis y, muy particularmente, en virtud de la acción corrosiva de los bálsamos que usaron los embalsamadores de Tebas, demasiado técnicos para que dejasen el menor rastro de vida. Pues, chico, esta insistencia de nuestro sabio profesor—a Dios lo que es de Dios...—me llenó de desaliento. En otros "fiambres" posteriores, embalsamados con arreglo a los usos de Mephis, como tú sabes, no existe la menor dificultad para acopiar células y más células; ya ves: el Gobierno de la República egipcia ha decidido fecundar a diez mil y pico mujeres con gérmenes de unos cuantos campesinos del Alto Nilo, cuyas momias se están desempolvando actualmente. Estas conservas están bastante bien, pero no tienen más de dos mil seiscientos siete años la que más. Ahora que, hablándote con franqueza, no estaba yo muy segura de que el príncipe Ammurabis estuviese en tan buenas condiciones.

"No obstante, empecé por servirme de un gato, cuya momia, perfectamente conservada, fué descubierta por lord Carnavon y Howard Carter en 1921. Este animal sagrado perteneció al oratorio particular de Amenotis II, y, por lo tanto, era cuatro siglos más antiguo que Ammurabis. La vitalización no ofreció ninguna dificultad, y después de fecundar a una gata, obtuve cinco preciosos gatitos. Entonces me resolví a resucitar las células del príncipe, y en resumen: que a estas horas los cuatro embarazos van por los cuarenta días, y espero que dentro de doscientos treinta y cinco días, o sea el 7 de abril de 1999, el príncipe Ammurabis tenga cuatro descendientes más: tres niñas y un niño, que a los treinta años será el mismo retrato de su padre. Los nacionalistas tebanos no saben qué hacer conmigo, y ya han empezado los preparativos para solemnizar el natalicio de Ammurabis II, en el que cifran todo el porvenir de su pequeño reino. Gladstone me felicitó esta mañana, emocionadísimo, pidiéndome perdón por sus bromas; estuve hablando con él cerca de seis metros de fonograma, verdadero documento histórico en mi vida científica, que acabo de incombustibilizar para que jamás se me pierda."

René se preparaba para el doctorado de Sexología en la Escuela de Altos Estudios Sexuales. Su tesis versaría precisamente sobre la resurrección de la actividad funcional de las glándulas sexuales mediante la trasplantación. Ya había realizado experimentos muy notables injertando en individuos tarados las glándulas de cadáveres de seres completamente eugénicos, lo mismo hombres que mujeres.

Pudo demostrar que la trasplantación testicular u ovárica podía efectuarse incluso en los grandes delincuentes esterilizados —sifilíticos, alcohólicos, epilépticos, dementes, prostitutas natas, etcétera—, sin más condición que la perfecta salud física. Por lo demás, no había duda que los caracteres morales eran transmisibles por medio de las células germinales, sin que interviniesen

para nada las condiciones físicas del sujeto, siempre que el individuo hubiese sido desprovisto en absoluto de todo rastro celular propio. Así, cuando se demostraba de una manera incuestionable que un alcohólico no podía engendrar más que seres degenerados, el único remedio estaba en la esterilización, no por medio de la vasectomía, procedimiento que se vulgarizó a mediados de siglo, hasta el extremo de que la operación podía practicarse por el más lego, con sólo atenerse a las instrucciones contenidas en los folletos de propaganda de la Liga Neomalthusiana, sino recurriendo a la destrucción total de las glándulas espermógenas, es decir, los testículos, que habían de ser seccionados desde la base del conducto epididimario.

Si este individuo quería recobrar la facultad procreadora, pero con arreglo a las más exactas normas eugénicas, no había más que injertarle las glándulas de un cadáver, no importaba desde qué fecha, pero perfectamente eugénicas también, para que el alcohólico, el sifilítico, el degenerado que fuese, engendrara productos compleamente útiles y vigurosos, ya que quedaba totalmente impedida la intoxicación de las células germinales por esos agentes nocivos.

En cuanto a la mujer, como se comprenderá, la trasplantación se refería a los ovarios, que igualmente quedaban inmunizados contra la acción de los tóxicos destructores de la célula. El individuo podía, por ejemplo, cohabitar con un sifilítico en el período más grave de contagio, con la seguridad de que la doliente, si descuidaba el tratamiento, podía producirle la muerte y las más horribles mutilaciones inclusive, mientras que las células permanecían indemnes, y el producto de la concepción, si se trataba de una mujer, se desarrollaba normalmente, naciendo, creciendo y viviendo en perfecta salud.

Todos los esfuerzos de los sifiliógrafos habían resultado estériles para atajar el mal, puesto que la mayor parte de la humanidad estaba atacada, sin llegar a la "sifilización de la raza", sueño o esperanza que llegó a hacer pensar en la posibilidad de su desaparición, al menos en lo concerniente a sus efectos. Pero no ocurría así, y, por lo tanto, hubo que recurrir a la cirugía, dejando a un lado la medicina, ciencia perfectamente inútil que apenas si practicaban los curanderos.

Pero, no obstante, los ensayos para crear una nueva raza "desluetizada" iban por buen camino. Claro es que para lograr

los mejores resultados no había otra solución sino recurrir a los cadáveres de individuos sanos, extremo fácil de comprobar, ya que en 1950 se hizo obligatorio en todo el mundo civilizado el registro sanitario individual, por cuyo procedimiento no fué nada difícil establecer una selección perfecta de personas aptas para la procreación, finalidad esencial de todos los Estados que habían perdido en las guerras lo más selecto de la juventud.

Así, pues, la procreación llegó a convertirse en un acto puramente mecánico en una inmensa mayoría de casos. La fecundación artificial era el procedimiento más cómodo para la mujer: la jeringuilla había sustituído al miembro viril. Los laboratorios no dejaban de preparar gérmenes machos, que se enviaban a todo el mundo; algunos países europeos que tenían colonias en otros continentes, como Francia e Italia, que se habían repartido casi todo el antiguo dominio colonial británico, habían dado al cuerpo médico el encargo de "fabricar" mestizos con jeringuilla cuando los medios naturales, incluso el de la poligamia, no diesen resultados completamente satisfactorios.

Este ansia de procreación era uno de los fines esenciales del Estado, mientras que el afán de los ciudadanos estribaba en todo lo contrario. La pena de muerte, restablecida en todos los países para castigar la contraconcepción, no era bastante para impedir el verdadero suicidio de la raza. Parecía como si la preocupación de los hombres por no tener hijos, es decir, responsabilidades, se hubiera traducido en un estado general de esterilidad que hacía prácticamente inútiles todas las medidas coercitivas adoptadas por los legisladores para impedir la despoblación.

Pero la ciencia, de acuerdo con el Estado, no hacía más que incrementar los medios, más por interés científico, seguramente, que por interés estatal. Así se llegó a demostrar una vez más que la vida, en su última esencia, es constantemente actividad celular, y que hay células que jamás mueren, aunque lleguen a vivir aletargadas, como muertas.

Se llegó al extremo de extraer de la fauna cadavérica las células germinales humanas, cuando el contenido de las glándulas no fuese suficiente para las necesidades de la reproducción de una raza fuerte, vigorosa e inteligente. Esta finalidad es lo que había guiado a Vera Krenieff a utilizar los testículos de las momias de tres mil quinientos años y a René Couvier a practicar

esos injertos sorprendentes. Si no había hombres vivos, había que utilizar a los muertos. Todo antes de que se extinguiera la raza que se asesinaba en los campos de batalla y se suicidaba en las ciudades de la paz. Al propio tiempo era preciso utilizar el material humano inservible que arrojaban los presidios, los manicomios, los hospitales y los cementerios, a fin de poder regenerar la raza. Y, a pesar de todo, los productos de estas concepciones monstruosas empezaban a constituir una promesa bastante feliz de lo que algún día, tal vez muy próximo, pudiera ser la humanidad.

A todo esto, ¿qué decir de la moral?... Las guerras que diezmaron los valores físicos pulverizaron al mismo tiempo los valores morales. El placer, todos los placeres, mejor dicho, se refinaron de tal forma, que hasta la ciencia se puso al servicio de la humanidad ávida de deleites. Nunca como entonces hubo tanto artificio ni tanta disociación entre la biología y la psicosexualidad. La misión de procrear llegó a estar encomendada durante una larga época a las prostitutas y a los muertos. Un escritor decía al principio de una novela autobigráfica: "Mi padre, que murió hace mil ciento veintidós años, fué uno de los más célebres jurisconsultos de Roma..." Y luego, dos páginas más adelante, escribía: "Mi hermano materno, que a la vez es el resultado de la conjunción de mis células germinales con las de mi madre, ha heredado la actividad de mi padre, la pereza mía y la inteligencia de nuestra madre, ya un poco gastada para que el Estado siga cifrando en ella unas esperanzas positivas. Creo que después de haber parido diecisiete hijos, tiene muy bien ganado un descanso."

Couvier estaba seguro de su triunfo, ya que se creía en posesión del secreto de la vitalización de las glándulas, sin más que disponer de cadáveres momificados. Lo demás se reducía a un simple proceso químico, mediante el cual la glándula recobraba todas sus propiedades morfológicas y morfogenéticas, lo que demostraba hasta la saciedad que la célula es siempre inmortal.

Por eso ansiaba la llegada de su amiga Vera, que le había prometido revelarle cosas sensacionales. Este era su "conflicto": la lucha de la vida, que se obstinaba en vencer a la muerte a través de los tiempos, ya que la muerte había vencido a la vida en esas contiendas en que se empeñó la humanidad durante medio largo siglo.

Tres días más tarde, el médico pidió que le preparasen el autogiro, una magnífico y diminuto "15 HP" transformable en estabiloplano, que le permitía velocidades de 400 kilómetros a la hora en el aire y 300 en tierra o en el agua, aun con mucha marea.

Consultó el cronómetro, y eran las 16,50. Hasta las 17,23 que llegaba el aerobús de El Cairo, le quedaba tiempo de sobra para salir a Burdeos, pero prefirió esperar a su amiga en el aeródromo de Saint-Cloud, donde seguramente aguardarían la llegada de Vera el Dr. Glasdtone y su ayudante, y acaso Ivonne Martel, la amiga íntima de la Krenieff y su más entusiasta colaboradora, con la que llevaba viviendo más de tres años, sorprendente caso de fidelidad amorosa en aquel ambiente donde la amistad de dos personas no iba más allá del tiempo necesario para cambiar de pasión, lo que ocurría frecuentemente, sobre todo en los principios de curso, cuando llegaban de las provincias los alumnos del preparatorio, gentes ávidas de placeres y llenas de curiosidad por vivir la vida de la inmensa urbe universitaria de Suresnes.

El enorme vehículo, que llevaba en su vientre cuatrocientos veinte pasajeros—una peregrinación que iba a visitar los campos de batalla de la contienda de 1958-1961—, tomó tierra con toda facilidad en la profunda zanja de los andenes. Como las aves marinas sobre el lomo de un cetáceo fabuloso, los autogiros y estabiloplanos empezaron a descender en los amplios techos del aerobús, cuyas escotillas se abrieron con suavidad para dejar paso a los ascensores. Couvier descubrió el autogiro de Gladstone, y gracias a la amabilidad de un agente del tráfico aéreo, pudo situarse con su aparato al lado del del profesor.

—Ya la tenemos aquí, doctor—exclamó Couvier.

—Hola, hijo; suponía que usted no podía faltar—repuso el anciano sabio, mientras su discípulo le ayudaba a descender del aparto.

—¿Viene usted solo?—inquirió René.

—Sí. Mi ayudante marchó a Viena después de almorzar, y no creo que regrese hasta media noche, pues tiene que traerse cuatro cadáveres que me regala el doctor Stekel. Creo son unos magníficos ejemplares de campesinos "madgyares" muertos el otro día luchando contra los socialistas del nieto de Dollfuss.

—¿Algún experimento nuevo?

—Sí; quiero aprovechar los gérmenes de la psicosis comunistoide para hacer unos injertos; creo que los muertos eran unos fervientes entusiastas de la idea, y en estos tiempos ya sabe usted que estos casos son rarísimos. Por lo visto, se trataba de los miembros de una familia pura, es decir, sin trasplantación, que parecían vivir olvidados en las montañas y, por lo tanto, no estaban muy a tono con las corrientes modernas.

—Le habrán costado caros, ¿no es cierto?

—No lo crea; cuatro gramos de vitalina nada más. Stekel anda un poco escaso de este producto y, por lo que me dice, creo que dispone de un centenar de ancianos que se han ofrecido al Estado para fecundar a unas cuantas mujeres del Cuerpo de Procreación.

—¿Le interesan personalmente esos injertos, profesor?

—No, hijo mío; ¿para qué van a interesarme a mí? Y puesto que usted es un hombre discreto, le diré que los gérmenes comunistoides son para enviarlos a un colega español, a quien se lo pagará muy bien un partido político que está harto de orden y de monarquía democrática. Seguramente, si aciertan con la inoculación del virus, comoquiera que el proceso lo harán por el método intensivo de Gutzkow, antes de dos meses se habrán echado a la calle las falanges progresistas de la Ciudad Universitaria de la Moncloa, y el régimen caerá como por arte de magia. ¡Mire, allí viene nuestra amiga!

En efecto, entre un grupo de viajeros que cababan de salir de un ascensor, apareció la esbelta figura de Vera Krenieff, que, a pesar del airecillo frío de aquella tarde otoñal, no vestía más que una minúscula falda y unas sandalias de corcho, ofreciendo a la caricia de la brisa las piernas y el torso, bronceados por el sol de Egipto, igual que el rostro, de ojos negros y labios gruesos y rojos como los bordes de una herida fresca.

Se saludaron con verdadera efusión. Gladstone, que a pesar de sus años se conservaba fuerte y ágil como un mozo, tomó en brazos a su discípula, besándola repetidas veces.

—Muy bien, Vera, muy bien; nunca creí verla regresar tan contenta y, sobre todo, tan sana.

—Mi satisfacción se la debo a usted, querido maestro; mucho me ha hecho rabiar con sus bromas, pero al fin y al cabo, de algo había de servirme cuanto aprendí a su lado. ¿Y tú, mi amado René?

Los jóvenes se besaron largamente. Couvier, emocionado, no acertaba a responder a las innumerables preguntas que en un instante le hizo su compañera.

—¿Has terminado la tesis?... ¿Te encuentras con muchos ánimos?... ¿Qué dicen de ti los periódicos?...

Casi en el mismo instante cayeron sobre el grupo diez o doce periodistas y reporteros cinematográficos, que asediaron a preguntas a la recién llegada, la cual no se había desprendido aún de los brazos de Couvier.

—Pero, por Dios, señores: ¡déjenme siquiera presentarme como es debido, y no en este indumento! Ea, ya está; empiecen a rodar los aparatos.

Y en un instante se despojó de la faldilla, para ofrecerse completa y naturalmente desnuda.

—Comprobarán ustedes que por allí se vive con un buen sol que tuesta la piel y da salud al cuerpo.

—Y a la inteligencia, doctora—replicó un periodista.

—Eso ya es cosa del profesor Gladstone, que es quien me la ha prestado.

—Yo no, hija, yo no... La inteligencia no se compra ni se presta; usted que vale, y nada más, aunque, desde luego, me cabe la honra de haber sido el iniciador de las doctrinas que usted cultiva con tanto acierto.

Después de este torneo de galanterías, el profesor se despidió de la joven, luego de reiterarle sus felicitaciones, prometiéndole una visita para el día siguiente. Couvier se situó a los mandos del aparato y ella a su lado. Vera no dijo nada al comprobar que su amiga Ivonne Martel no había acudido a recibirla.

Pero René, que no perdía detalle, se lo advirtió:

—Hay quien no se acuerda de ti.

—¡Bah!... Ya he reparado. Pero no me preocupa, chico. ¿Te parece que me queda tiempo para pensar en estas cosas?

—¿No habrás dejado nada en El Cairo?

—Nada.

—¿Puede creerse?... Por aquí se ha dicho que la finalidad esencial de tus tres injertos femeninos con las células de Ammurabis era irte preparando un serrallo o cosa parecida.

—¿Y por qué no había de ser el masculino? Te advierto que he conocido a un estudiante "fellah" que me ha hecho pensar muy seriamente en las viejas doctrinas de la biología...

—¿Nada más que pensar?...

—Te lo garantizo en absoluto; mira y fíjate bien.

Entonces Vera, desplazándose un poco del asiento, separó bien los muslos y, desuniendo con los dedos la abertura vulvar, mostró a su amigo un himen intacto de tipo "microperforatus", prueba indudable de que, al menos por allí, no había penetrado la... biología.

—Además—agregó—, me estoy anticuando un poco... Me han dado ideas muchas veces de buscar a un hombre que me hiciera una niña rubia, de ojos muy azules, como será una de las hijas de las células de Ammurabis. Pero, chico, hasta que no haya terminado todos estos trabajos, no me resolveré a ello, ya que quiero llegar a ser una madre clásica, criar a mi hija a mis pechos, que, como ves, son perfectos y completamente maternales; educarla, hacerla una mujer, en suma, para que herede la poca gloria que yo pueda legarla. Oye, René, que, con la charla, no me fijaba dónde estábamos, y esto es Saint-Quentin.

—Sí, se me olvidaba decírtelo: vamos a tomar el té a Bruselas.

El estabiloplano volaba, muy bajo, a 390 por hora. Unos minutos más tarde aterrizaba en la azotea del Metropol Hotel, en la plaza de Anvers.

—Te advierto que tengo apetito; tomaría algo sintético antes del té.

—Quieres media perdiz de Brabante, como si lo viera; en Bélgica es tu manjar favorito, ¿no es eso?

—¡Bien por el psicólogo! Pues sí; media perdiz de Brabante.

Un camarero sirvió los tes, y en una pequeña cajita de aluminio, un comprimido de color rojo, del tamaño de una moneda de diez céntimos. Vera desenvolvió la media perdiz, y masticándola ráidamente, ingirió el preparado, suculento y nutritivo.

—No me gusta mucho el alimento sintético—dijo él—; está demostrado que produce atrofia gastrointestinal, especialmente muscular.

—En cambio, acabará con los coprófagos, porque los residuos excrementicios quedan reducidos a nada. Desde el punto de vista estético, no cabe duda que la alimentación sintética es el ideal perfecto. Además, se han borrado de la patología todas las dolencias gástricas, incluso el tifus, y cuantas enfermedades provenían de la alimentación irracional, es decir, casi todas las que hasta hace pocos años padeció la mayor parte del género humano. Tienes la prueba en el hecho de que la vida media del sintetófago es de noventa y ocho años, mientras que las personas que se alimentan con arreglo a los sistemas clásicos, no pasan, por lo general, de los setenta y cinco años, no siempre sanos, a pesar del naturismo. Por otra parte, aunque sólo fuesen las ventajas de la "vita sexualis", sería bastante para justificar la sintetofagia.

—¿Te preocupa a ti mucho la "vita sexualis", Vera?

Ella sorbió un poco de té, encendiendo después un minúsculo cigarrillo. René esperaba la respuesta.

—¿No respondes?

—Hombre..., según a lo que tú quieras llamar preocupación y el alcance que quieras conceder al aspecto sexual de la vida.

—Me refiero a la erótica, a la sensualidad, a las tendencias modernas..., al "leit-motiv", en una palabra, o, si quieres mejor, al aspecto sintético...

—Eso, sinceramente, no me preocupa. Después de mi estancia en Egipto, mis trastornos hormonales—en lo que, por otra parte, no he creído jamás—han desaparecido. Esos supuestos trastornos del aparato endocrino-cerebral se tipifican siempre, y lo mismo que hay invertidos honrados, es decir, típicos, irresponsables, abundan más los que ni son honrados ni pueden—o podemos, si quieres—hacer creer a ningún investigador sagaz en la existencia de esos trastornos.

—Entonces, ¿cómo es posible que hayas vivido tres años en intimidad con Ivonne?...

—Pues por la misma razón de que ni a ti, ni a mí, ni a nadie, se nos ocurre asistir en estado natural a la recepción en una Embajada o a una sesión en la Academia de Ciencias Morales. La vida, como es lógico—no quiero decir natural—, impone determinadas disciplinas. Todo es cuestión de protocolo: mi intimidad con Ivonne y tu asistencia de "frac" no pasan de ser fórmulas protocolarias, porque ni yo siento la necesidad de Ivonne de una manera habitual, ni tú usas el "frac" a diario. O sea que no tenemos más remedio que ser insinceros cuando las circunstancias lo exigen. Si yo hubiese vivido íntimamente contigo, no hubiera pasado de ser un ente vulgar, perdido entre la masa de provincianas que aún se emocionan con el romanticismo de las novelas de amor conyugal y se pintan los labios con el carmín de Coty; pero como un día tuve el acierto, calculado, desde lue-

go, de abofetear a Ivonne ante todos vosotros, me acredité de criatura inteligente y normal y apta para convivir con nuestra sociedad.

—Entonces, ¿qué entiendes tú por naturismo? Porque no me dirás que, con arreglo a las normas de la Naturaleza, sea lícito todo esto...

—Y dime tú, "naturista acérrimo", ¿de cuándo acá se ha vivido en estado natural completo? Porque, además, en la misma Naturaleza tienes la hemosexualidad, como se encuentran todas las modalidades del impulso sexual, que los majaderos bautizaron con el nombre de psicopatías, vicios, perversiones y otras idioteces parecidas. Lo que ocurre es que todas estas expresiones no comprenden más que una minoría como estado natural; por lo tanto, para no ser injustos con nosotros mismos, debemos comprender que aquel individuo que realiza un acto cualquiera sin obedecer a presiones externas de ningún género, es decir, de una manera espontánea y franca, no hace más que obedecer a los imperativos de su mundo celular.

—Según esa teoría, el asesinato es también natural, ¿no es eso?

—¡Pues claro que sí!

—¿Y el Derecho?

—Eso es otra cuestión. El Derecho se sutiliza—el concepto, mejor dicho—cuando hay otros factores de por medio. En otros tiempos y en otros pueblos, un padre tenía derecho a deshacerse de su hijo asesinándole, arrojándole a los muladares o a las fieras, o impidiéndole nacer; hoy, que hacen falta hombres, el que asesina a un hombre es castigado a indemnizar a su familia y a fecundar a diez mujeres, a las que tiene obligación de mantener, a medida de sus fuerzas, hasta que se comprueba el embarazo. Ya ves, pues, que las cosas varían, y que el Derecho, a pesar de todo, impone compensaciones biológicas. Un asesino está disculpado, sobre todo, cuando se demuestra que el impulso de matar fué irrefrenable; esta atenuante ha existido siempre en todos los Códigos; pero entonces, como el género humano abundaba, el asesinato biológico, es decir, el impulsado por la célula, se castigaba con el asesinato legal de la electrocución, el fusilamiento, la decapitación, etc.: era la ley del Telión. Del mismo modo, la violación era un crimen de los más abominables; por lo menos se condenaba al violador a la pena de esterilidad, por medio de la reclusión, durante un cierto tiempo. Pero hoy, como

ves, el hombre que viola a una mujer púber, no sólo cumple con el mandato de sus células, sino que, hasta cierto punto, cumple con las leyes del Estado. Lo único que se pena es la comisión de un delito que produzca trastornos o daños físicos graves. Y ya ves que el estupro, el incesto y la corrupción de personas púberes han sido rayados en los Códigos como delitos. Es el imperio de la biología por encima de los sentimientos, y contra el derecho de ataque, tenemos el de defensa. Entre los animales, como sabemos, no hay jueces ni cárceles para los machos que se apoderan de las hembras, sea como fuere. Lo que sucede ahora es que el impulso se ha deformado, que la biología es un mito en el concepto público y que la erótica es la suma de todas las aspiraciones del género humano.

—¿De todo el género humano?

—No. Tú sabes que no. Pero sí del más refinado, del más inteligente, del más eugénico mental,, en una palabra. En Egipto hacían falta hombres para cultivar los campos, y por eso he tenido necesidad de preparar gérmenes de momias para fecundar a diez mil mujeres, de las cuales ya están casi todas embarazadas, y las demás, sometidas a observación ginecológica para corregir los trastornos que puedan oponerse a su fecundación. Claro es que lo más importante es que esos niños se conviertan en hombres capaces de labrar la tierra, sin importar demasiado que sean pródigos de intelectualidad. Lo que sucede en este país es que las especiales condiciones climatológicas y, sobre todo, la influencia de las aguas del río en la producción de vegetales determinan el predominio del anabolismo en la genética, y por lo tanto, nacieron más mujeres que hombres, hasta que fué posible llegar al determinismo sexual preconcepcional, lo que sólo se consigue por medio de la fecundación científica. Hasta que la ciencia se ha dado cuenta de esta desventaja del naturismo, han nacido, por los medios naturales, cinco hembras por cada varón. Afortunadamente, el descubrimiento de la vitalización de la célula espermática y la creación artificial del cromosoma nos permiten hoy "fabricar" seres humanos con la misma facilidad que se fabrican muñecos de celuloide. Y por último, al haberse convertido la procreación artificial en una función de los Estados, se ha resuelto el problema de la despoblación con las procreadoras a sueldo y con los cultivos espermatogénicos, y hasta gametogénicos. Por lo tanto, la erótica, es decir, la finalidad esencial

de la vida humana, queda completamente separada de la procreación, por lo que a los Estados, socialmente, no les interesa lo que los ciudadanos puedan hacer con sus impulsos sexuales, sobre todo cuando sabemos que las enfermedades venéreas, factores eugénicos negativos, no se reproducen más que por medio del contacto intersexual. Importa más que la célula espermática se vea libre de la intoxicación sifilítica o gonocócica, porque en cuanto muere el hombre es sencillísimo, según tus descubrimientos, efectuar la trasplantación glandular o, de acuerdo con los nuestros, vitalizar la célula y proceder a la fecundación artificial, que reune todas las garantías apetecibles.

Couvier había escuchado con atención a su compañera, cuyos argumentos, basados en imponderables razones científicas, no dejaban lugar a la discusión. Claro es que, sin dejar de ser biólogo, reconocía que la Naturaleza presenta grandes lagunas y anchas brechas por las que puede penetrar la ciencia, que, al fin y al cabo, no es más que la sutilización de la Naturaleza misma. Todas las leyes naturales son susceptibles de modificación, especialmente en lo que afecta a la genética. Durante miles y miles de años, la Humanidad vivió en un caos de errores y de concepciones disparatadas, desde el ser prehistórico, que no reconocía más fuerzas que las naturales, indomables para su inteligencia, hasta finales del siglo XX, en que el hombre dejó de preocuparse por las ciencias y artes inútiles para conceder toda su atención a la biología científica, mucho más perfecta que la natural, ya que las condiciones de vida de la Humanidad, tanto físicas como psíquicas, se transformaron radicalmente en todos sus aspectos.

Pero, a pesar de todo, el sabio y joven médico no acababa de dar su conformidad a las concepciones audaces de la Krenieff, naturales, sí, pero que implicaban la destrucción de todo lo espiritual de la existencia. Del mismo modo que el doctor Gladstone preparaba cultivos de células germinales infectadas de la psicosis revolucionaria, sería preciso crear gérmenes impregnados de otros valores sentimentales, como el amor, el desinterés, la nobleza, la espiritualidad y el romanticismo de que hablaban los escritores del siglo XIX especialmente.

Mas para lograr ese ideal—absurdo ahora, cuando ya empieza a alborear un nuevo siglo—sería necesario destruir a una gran parte de la Humanidad, particularmente al género masculino,

que era el más materialista, el más grosero e inútil, porque la extraordinaria abundancia de mujeres y de facilidades, por lo tanto, para el desarrollo de todos los instintos, es decir, de todas las ansias de placeres, habían conducido al sexo masculino a la práctica de todas las fantasías eróticas más antibiológicas. En resumen, el amor era desconocido en absoluto, y el que por influencias atávicas llegaba a experimentar estos sentimientos, era recluído en un manicomio por representar un peligro social de excepcional magnitud. Los afectados por la psicosis amorosa, casi todos jóvenes, adoraban tanto a la mujer, que el solo hecho de pensar en que con ella pudieran obtenerse placeres materiales, les ponía a los bordes del sucidio.

Otra solución, según Couvier, habría consistido en eliminar a las tres o cuatro quintas partes de mujeres sobrantes, para que, de esta forma, suprimida la abundancia, los hombres se excitasen ante la dificultad de satisfacer las tendencias biológicas naturales, que sólo se manifestaban excepcionalmente y como mera variación vulgar. Pero en tal caso, ello sería tanto como interrumpir bruscamente el desarrollo del instinto de la maternidad, ya que había infinitas mujeres que practicaban la autofecundación, unas por necesidad espiritual, y otras, las más, por asegurarse el sueldo del Estado durante los cinco primeros años de la vida de su hijo. Las dos soluciones eran, pues, inaceptables. Pero René Couvier ignoraba que el doctor Gladstone tenía en sus manos la clave del magno problema, con lo que se disponía a causar el más extraordinario asombro de la Humanidad.

—Son cerca de las veinte, René; cuando quieras, podemos marcharnos.

—¿Volvemos por el aire, o prefieres ir por tierra? De todas formas, en una hora estamos en París, porque no hay más de trescientos kilómetros.

—Prefiero por el aire.

—Y yo—dijo él—. Así se me despejará un poco la cabeza, porque tú eres una mujer que siempre me ha hecho pensar.

—¿Es una galantería?

—No, querida: es que te encuentro muy transformada.

—Las hormonas, seguramente—dijo vertiendo el caudal de su risa—. A lo mejor—agregó—, es que han recobrado toda su normalidad.

—¿Biológica?

tiguo barrio de la canalla se había convertido ahora en la ba
rriada más aristocrática de la gran urbe. Couvier siguió volan
do a poca marcha, y aterizó en la plaza de Vendôme, al pie d
la columna. Allí plegó las alas del aparato, y lentamente, casi a
paso de peatón, se dirigió hacia el domicilio de Vera, en la calle
de Rivoli.

Ella descendió del vehículo, y tendiéndole la mano a René repuso:

—Te necesito esta noche a las veinticuatro.

—Supongo que no me invitarás a ningún aquelarre—contestó riendo.

—No, pero se le parece mucho. Tenemos que ir a Montparnasse.

—¿A la vieja Coupole?

—No; al cementerio.

Se separaron. Los porteros, el "groom" del ascensor, la vieja doncella y toda la servidumbre de la casa, rodearon a Vera, llenándola de abrazos y de preguntas. Ella correspondió con todos, invitándoles a que subieran al piso, donde les obsequiaría con los regalos que había traído. Su equipaje, que los mozos del aerodromo acababan de llevar, era todo el material de una clínica y de un laboratorio.

Vera repasó ligeramente la correspondencia y los fonogramas. Había uno del estudiante "fellah" condoliéndose de la ausencia de la doctora. Después de escuchar el contenido del pequeño rollo de celuloide, lo introdujo en la cámara eléctrica de combustión y oprimió el conmutador. Una llamarada como un fogonazo, y después, nada, ni cenizas siquiera; tanto como el recuerdo de unos días de extrañas emociones a la sombra de los cedros centenarios de Menphis, entre ruinas, restos de momias y emanaciones de laboratorio.

Poco después de las veintitrés llegó Couvier acompañado de uno de sus ayudantes, un alumno de sexto curso de la Escuela de Sexología, llamado Mekong-Sing, hijo de un curandero de Sumatra.

El médico hizo las presentaciones:

—La doctora Vera Krenieff; mi ayudante, el joven histólogo Mekong-Sing, especializado en quimionecrología. Es también discípulo de Gladstone.

Los jóvenes cambiaron un apretón de manos. Vera le aseguró

que aquella noche iban a tener trabajo. Era necesario exhumar el cadáver de un suicida por amor. Al efecto, ya había repasado un libro antiquísimo: "Du siucide", del célebre Briere de Boismont, editado en 1870, en el que se referían más de un centenar de casos de suicidios por amor.

—Este creo que es el que más nos interesa—dijo Vera, indicando una página en que se detallaban las circunstancias del suicidio de un hombre de veinticuatro años, que al enamorarse apasionadamente de una bella joven y no ser correspondido porque contrajo matrimonio, se levantó la tapa de los sesos de un pistoletazo. Según el autor, su nombre era Raoul Saint-Michel, y sus restos yacían en un nicho a perpetuidad, situado en la galería 27, zona 4, número 1.548, de la necrópolis de Montparnasse.

—Necesitamos el permiso de exhumación—dijo Mekong-Sing.

—Tengo yo cuatro en blanco firmados por el prefecto—replicó Couvier.

—No es necesario; tengo muy buena amistad con el conserje, una de cuyas hijas fué doncella mía.

Los tres se encaminaron al viejo cementerio, donde apenas si se efectuaban enterramientos de algún que otro cuerpo embalsamado, puesto que era obligatoria la cremación de todo cadáver inútil. Sólo se embalsamaban aquellos que pudieran utilizarse para la vitalización celular, aunque, por lo general, la extracción de las glándulas de los cuerpos útiles se verificaba inmeditamente después de la muerte o poco momentos antes, según los casos.

Vera llamó por teléfono al conserje, y éste la reconoció enseguida, poniéndose a su disposición. Al mismo tiempo, ofreció a la doctora dos cadáveres de mujer recién embalsamados con arreglo a su técnica personal, secreto que no había revelado a nadie, y que tenía la propiedad de conservar en el cadáver sus propiedades plásticas durante algunos meses. El siniestro personaje se dedicaba al macabro tráfico de los muertos, especialmente del sexo femenino, que vendía a los abundantes necrófilos, que, hastiados de todos los placeres, buscaban en la inmovilidad de los cuerpos nuevos estímulos para sus instintos. Se decía que él mismo no tenía otra clase de relaciones sexuales que aquéllas, y que con este fin conservaba el cuerpo de una muchacha de la aristocracia, con el que cometía toda clase de abominaciones.

Gerard, que éste era el nombre del extraño sujeto, había sido

compañero de estudios del doctor Gladstone; pero abandonó la carrera para desempeñar aquel cargo de guardián de la ciudad de los muertos. (Lámina I.)

Cuando llegaron, Gerard esperaba en la puerta de la capilla. La acogida que dispensó a los tres amigos fué en extremo cordial.

Inmediatamente les condujo hacia el nicho que indicaba Boismont, cuya tapa de mármol se levantó después de romper los tornillos de cobre.

El féretro, que era de cinc, aparecía intacto. A la luz de una potente lámpara eléctrica examinaron aquellos restos de ciento treinta y ocho años, que habían quedado reducidos al esqueleto. Por medio de un aparato que llevaba Couvier, se procedió a la solidificación de las cenizas del cráneo y de la pelvis, a fin de que no se deshicieran al tocarlas. La operación se efectuó en diez minutos, lo suficiente para que se solidificara la finísima lluvia de colodión, cuyas moléculas tenían la propiedad de aglutinarse rápidamente al ponerse en contacto con los cloruros potásicos de las cenizas.

Inmediatamente, el estudiante malayo recogió en unos recipientes de porcelana pequeñas porciones de materia sólida del interior de la cavidad craneana, y otra cantidad igual de la fosa pélvica y las glándulas testiculares, que se habían revelado con todo detalle. En menos de media hora estuvo terminada la operación, sencillísima en extremo.

Gerard había seguido con gran atención las diversas manipulaciones del estudiante.

—Con arreglo a mi sistema de embalsamamiento—dijo—, un cadáver del tiempo de éste se conservaría igual que recién muerto.

Couvier le miró de arriba a abajo con un gesto de desdén:

—No creo que seas capaz de demostrarlo con todos los que embalsamas, ¿entiendes bien?... Alguno, sobre todo si es de mujer, puede durarte diez o doce años; más, no.

El médico hizo la afirmación con un acento que no admitía réplica, prueba de que sabía muy bien lo que decía.

—¿Y tú que sabes, joven?—replicó el mercader de cadáveres.

—Más que tú. Y para demostrártelo, ¿quieres decir a quién perteneció el cadáver, y cómo te hiciste con él, que conserva en su casa tu amigo el viejo lapidario judío Esdras Benatar?

Gerard respondió con una carcajada cínica, y agregó:

—No puedo tener en la memoria la procedencia de todos los cuerpos que he preparado en veinte años de oficio; pero, si quieres, vente a mi laboratorio y allí lo veremos en mi libro-registro.

—Acepto.

—Pues vamos.

Echaron a andar por una larga calle de cipreses y evónimos, siguiendo al guardián del cementerio, buen conocedor del terreno. Vera, a quien había sorprendido la extraña actitud de su amigo, inquirió:

—¿Qué pretendes con ese hombre, René?

—Pues regalarle a Gladstone su cadáver mañana mismo, perfectamente embalsamado, según su propia y "original" procedimiento.

—¿Vas a asesinarle?...

—Si no madruga él más, sí. Adviértemelo a Mekong-Sing para que esté prevenido: ya sabe qué es lo que voy a hacer, aunque lo habíamos preparado para otra ocasión; pero, francamente, considero ésta la más propicia.

Gerard se detuvo ante un panteón antiquísimo, en el que yacían los restos de un general muerto en la guerra francoprusiana de 1870, y de varios miembros de su familia. El subterráneo, que en otro tiempo sirvió de pudridero, era una estancia de más de cien metros cuadrados, pero dividida en dos compartimientos por un tabique central, de construcción mucho más reciente.

Cuatro potentes focos eléctricos iluminaban aquella parte del laboratorio del embalsamador, en cuyo centro había dos mesas de mármol perfectamente limpias y cubiertas por sendos lienzos blancos. A la derecha de una de ellas, un cubo que contenía un líquido obscuro dejaba escapar una levísima columnita de vapores azulados. Couvier removió el cubo con un gancho, y un gatazo negro, que estaba cerca, salió huyendo.

—Si serás ignorante, viejo, que aún descarnas con ácido sulfúrico. ¿Para qué se habrán inventado para ti los descarnadores hidráulicos? Digo, a no ser que te interese eliminar algo más que los tejidos blandos.

—Nada; solamente mondar bien el cráneo.

Couvier extrajo la cabeza que hervía en el cubo de gres, y mirándola fijamente, exclamó:

—Cada vez estoy más convencido de tu ignorancia. ¿No sabes

que el ácido sulfúrico destruye el caucho de las dentaduras artificiales? En cambio, ha respetado el único diente en que encaja la caja postiza. Pero, en fin, ya aprenderás a ser más cauto...

En una anaquelería, en la que había un abundante y oxidado instrumental quirúrgico, Couvier vió un inyector eléctrico de gran presión, mediante el cual, y en la décima de un segundo, era posible anegar el torrente circulatorio de una persona de un líquido cualquiera.

Gerard seguía con atención los movimientos de curiosidad del biólogo, en el que empezaba a ver un temible enemigo.

—Ese inyector me sirve para la preparación de los tejidos a embalsamar. Como usted sabe, el único secreto está en la composición del producto que hace a las células imputrefactibles, y que no revelaré jamás, sino después de mi muerte, que acaecerá, naturalmente, en el año 2031.

—Supongo que ya estarás prevenido por si murieses antes. Ya sabes que la guillotina, a pesar de su anacronismo, no ha dejado de funcionar en Francia.

—¿Qué quieres decir, Couvier?

—Que procures no ocultar las manos bajo la túnica, porque mira el juguete que tengo aquí...

Y le mostró una pequeña pluma estilográfica, aparentemente inofensiva, pero que, en realidad, era un lanzarrayos de Grindell Mathews.

El viejo palideció de miedo. Los ojos verdes del gato negro fosforecían como luciérnagas entre un montón de trastos viejos.

—¿No has visto nunca los rayos ultravioleta?

—No.

—Pues abre bien los ojos y fíjate en tu gato.

El médico apuntó con la pluma, oprimió un botoncito, en el electrodo se encendió una chispa casi imperceptible y el cuerpo del gato se desplomó inerte. Estaba muerto por paralización instantánea de todas sus células.

—¡Pobre animal!—exclamó Gerard.

—¿Te apena que le haya matado?... En cambio, otras muertes no te afligen tanto, aunque sean igualmente rápidas, como la que puede producirse por medio del inyector balsámico, por ejemplo.

—¿Qué dices?

René Couvier, bajando la voz, le dijo:

—Que conozco el secreto de tus maravillosos embalsamamientos, y que estoy dispuesto a que me permitas hacer un experimento esta misma noche.

El viejo no esperaba aquello, y en sus ojos brillaron dos luces de odio. Pero era inútil; Couvier no dejaba de apuntarle con la pluma mientras hablaba.

—Supongo que te mostrarás un poco razonable, sobre todo cuando estoy convencido de que la cabeza que se está tostando en esa redoma es la del comisario Jacques Negrier; ¿te enteras, bandido?... Sé, además, que tus embalsamamientos sólo pueden hacerse en vida, es decir, que asesinas y embalsamas al mismo tiempo. Un litro de formol a saturación y unos gramos, tú sabrás cuántos, de necrocelulina, y ya está. Después no tienes que hacer más que extraer las vísceras, y asunto concluído. Cualquier necrófilo menos repugnante que tú te da unos miles de francos por el fiambre, y vamos viviendo, ¿no es eso?... Ea, no perdamos tiempo, que está amaneciendo, y dime cómo operas.

Vera y Mekong-Sing no perdían un gesto del viejo. El malayo tenía entre las manos otra pluma igual que la de su maestro, con cuya punta seguía todos los movimientos del guardián del cementerio, que se sabía irremisiblemente perdido.

—Al menos...—suplicó tembloroso el viejo—, creo que guardarás mis secretos, que vas a conocer...

—Que ya conozco, dirás.

—Abusas de un pobre viejo indefenso.

—En todo caso, de un monstruo repugnante.

—Como quieras, Couvier. Pues verás: cargo el inyector, como sabes, con un litro de formol sintético, equivalente a diez litros de solución ordinaria y cuatro gramos de necrocelulina Gladstone. Después, no hay más que oprimir el resorte de presión, y ya está. La muerte se produce instantáneamente, aunque el cadáver conserva toda su actividad muscular y mental durante diez minutos, tiempo suficiente para introducirlo en mi coche y traerlo al laboratorio; algunos se han tendido ellos mismos sobre la mesa de operaciones, obedeciendo mis órdenes.

—¿Y dónde pinchas?

—En cualquier parte, porque el torrente circulatorio queda anegado en el líquido en el instante, si bien las células nerviosas no son atacadas hasta diez, quince o veinte minutos después, co-

mo máximum, que es el tiempo que aún "vive" el cadáver. Mira éste es el aparato.

—Quieto, Gerard; yo lo examinaré.

Y luego, dirigiéndose a Mekong-Sing, agregó:

—Tire usted si se mueve.

Couvier tomó el inyector en sus manos y comprobó que estaba preparado. Parecía una pistola de pequeño calibre, cuya culata terminaba en un depósito destinado a la composición necrobalsámica, de una fluidez diez veces mayor que la del éter. Dejó el aparato sobre una mesa de mármol para seguir examinando los instrumentos de la vitrina, que no pasaban de ser vulgares instrumentos quirúrgicos de hacía cincuenta años.

—¿Qué guardas en esa habitación, viejo?

—Unos cadáveres para embalsamar, y tres más en la cámara frigorífica. Uno de ellos es el de mi hija; ¿quieres verle? Quiero que desmientas entre tus colegas la leyenda de mis relaciones con una muchacha de la aristocracia. Se trata de mi propia hija, que fué doncella de mademoiselle Vera, a la que he preferido conservar así: mírala.

En efecto, en la cámara había tres cadáveres de mujeres jóvenes. El de la hija del asesino aparecía dentro de un bloque de hielo de transparencia suma. Estaba, como los otros cuerpos, completamente desnudo y conservaba los colores más naturales. (Lámina II.)

—Era muy bella, ¿verdad?

—En efecto. ¿Y éste es tu serrallo?

—Cada cual complace sus gustos como puede, Couvier—replicó cínicamente.

—Eres el ser más abominable que he conocido, Gerard.

Volvieron al laboratorio, y René tomó el inyector de encima de la mesa.

—¿Tiene muchas víctimas a su cargo este chisme?

—Un centenar aproximadamente; ahí tengo los libros; ¿quieres verlos también?...

—No es necesario; me basta con tu lealtad. Ahora prepárate que vas a venirte con nosotros.

El anciano quiso replicar, pero le contuvo un gesto del médico.

—¿Para qué me necesitas?

—No soy yo, principalmente, quien tiene interés por ti; pero quizá le sirvas de algo al doctor Gladstone. ¡Hala, vamos!



GERARD, EL EMBALSAMADOR

... había sido compañero de estudios del doctor Gladstone, pero abandonó la carrera para desempeñar aquel cargo de guardián de la ciudad de los muertos.

LAMINA I



EL SERRALLO DE NECROFILO

El cadáver de la hija del asesino aparecía dentro de un bloque de hielo de transparencia suma. Estaba, como los otros cuerpos, completamente desnudo.

LAMINA II

—¿Te llevas el inyector?...

—Ahora soy yo quien lo necesita.

Eran las cinco de la madrugada, y los soles artificiales empezaban a apagarse, vencidos por el alba. París despertaba del letargo de una noche. Los cuatro se trasladaron al domicilio de Vera para descansar siquiera hasta las once.

—¿Me tenéis prisionero?—inquirió Gerard.

—Por ahora, sí, viejo. Y como no tengo ninguna confianza en ti y quiero que reposes, aquí, el futuro doctor Mekong-Sing, va a hacerme el obsequio de dormirte para seis horas; una simple inyección de papaverina..., y a descansar.

El estudiante extrajo una jeringa del bolsillo de su túnica y una ampollita de 25 centigramos.

—Tiéndase en el diván, que los efectos son fulminantes—dijo el malayo.

Obedeció el viejo, y no bien había acabado de descender el émbolo, cuando el anciano se sumió en un sueño tranquilo y profundo.

—Haga el favor de ponerme a mí otra, Mekong-Sing, porque estoy un poco desvelado. ¿Tienes inconveniente en que duerma contigo, Vera? Porque veo que no hay más que dos lechos.

—Ninguno, René; yo tengo un sueño natural enorme; ¿y usted, Mekong-Sing?...

—Como usted, doctora; no necesito inyectarme para dormir.

Couvier se tendió en el lecho al lado de Vera, y a los cinco segundos de recibir la inyección estaba dormido. Mekong-Sing se acostó en la habitación inmediata, y así transcurrió la madrugada después de tantas emociones.

Vera despertó antes que sus amigos, y después de tomar el baño se puso a preparar los desayunos con la doncella. A las once en punto penetró en la alcoba donde aún dormía René. Durante unos instantes le contempló a gusto, acariciándole la cabeza con sus manos. No había dormido casi; pero aquel ensueño cerca del amigo amado, en cuyo pecho fuerte reclinó su cabeza, fué para ella una de las emociones más felices de su vida. Al besarle en la boca, despertó, y ávido de caricias, la devolvió los besos.

—¡Vera!...

—¡René!... ¿Has dormido bien?

—Divinamente. ¡Y he soñado unas locuras!... ¡Hasta creo que soñé con el amor!

LOS HERMANOS DE LA MORAL

La neurosis suicida.—La sífilis y el amor.—La muerte de la célula orgánica.—La desaparición del suicidio por amor.—El amor, disfraz de la sensualidad.—Razones sociales del amor.—Los modernos ascetas.—La poligamia, factor económico.—Una razón celular.—La fatuidad del animal humano. Placer sexual y fecundación mecánica.—La erotización de la raza como factor eugénico.—Los fines humanos son esencialmente eróticos.

Couvier marcó el número del doctor Gladstone.

—"Allo!" ¿Es usted, maestro? Soy yo, Couvier. Quiero darle una sorpresa, y al efecto, dentro de diez minutos recibirá usted un visitante. Procure salir a recibirle al portal de su casa, porque va muerto con su necrocelulina, y además, embalsamado.

—¿.....?

—Interesantísimo, tanto para usted como para la Policía. Figúrese que se trata del asesino del comisario Negrier, el de la brigada de Sexopatías. He considerado oportuno adelantarme al verdugo, porque está todo aclarado y no conviene divulgar la noticia. Luego, a la tarde, iré a visitarle, por si le interesa que aprovechemos algo juntos, aunque para mí no tiene nada de interés, como no sea prestarle este servicio.

—¿.....?

—Está en su laboratorio, preparando unos cultivos de células de un psicópata que se suicidó por amor hace cerca de siglo y medio. Pretende convencerme de que la Humanidad debe retornar a aquellos tiempos del erotismo psíquico, que tanto mal hizo a la raza.

—¿.....?

—Sí. Experimentará conmigo; por otra parte, nada se pierde con probar. Ya sabe usted que yo he sido siempre un poco excéntrico en estas cuestiones y que no me desagradan los procedimientos biológicos del clasicismo. En fin, maestro, hasta después, que mi obsequio está para llegar...

Vera, ayudada por Mekong-Sing, se hallaba en medio de un verdadero caos de retortas, alambiques, tubos de ensayo y aparatos eléctricos. El malayo observaba al microscopio la metamorfosis acelerada de las células genitales del suicida, anotando sus descubrimientos en un cuadernillo.

—Aquí hay espiroquetos pálidos, doctora.

—¿Es posible?—exclamó Vera.

En efecto, en el fondo violeta del caldo se acusaban los espermatozoides y los heces de espermátides opacos y definidos, diferenciándose de toda la fauna microbiana; pero, al mismo tiempo, se advertían con claridad los gérmenes de la sífilis. En este caso, ya no era posible, sin proceder antes a otras investigaciones, afirmar que el suicidio de aquel hombre fué por amor. Es posible que la infección cerebral se efectuase por la influencia del treponema que determinó la neurosis suicida. Si así fuera, todo el trabajo estaba perdido, a no ser que se procediese a la diferenciación de ambos agentes morbosos, el mental y el específico.

—Opino—apuntó Mekong-Sing—que debiéramos examinar el estado de las neuronas. Si la infección no llegó al cerebro, por ser la sífilis reciente o por la resistencia natural del organismo y quedar localizada en la zona genital, no hay más que disociar ambos gérmenes mezclando las células cerebrales limpias con las espermáticas puras. Pero si la toxiinfección llegó al cerebro, no hay más remedio que buscar otro cadáver.

La proposición del estudiante era muy lógica. En efecto, se pusieron a trabajar en la porción cerebral; pero ninguna de las reacciones dió por resultado descubrir gérmenes sifilíticos.

Por fortuna, quedaba demostrado que aquel pobre hombre se suicidó por no poder satisfacer sus deseos amorosos psíquicos, aunque la presencia de la sífilis, precisamente en la zona genital, demostraba de una manera incuestionable que, por lo menos los impulsos físicos, los había satisfecho por completo.

Couvier se informó del resultado de las investigaciones y no pudo por menos de glosarlas con su comentario:

—Jamás he acertado a explicarme esa doble moral de nuestros antepasados, que se dejaban inficcionar por una mujer cualquiera, mientras se suicidaban por no poder conseguir las finalidades psicocelulares. Un sifilítico suicida por amor es el contrasentido más grande que uno puede imaginarse. Comprendo que le hubiera matado la sífilis accionando el percutor de una pistola; pero no me explico que el amor insatisfecho pueda traducirse en los mismos resultados antibiológicos, sobre todo cuando, como en el caso presente, se demuestra que la infección sifilítica es independiente en absolutto de la infección amorosa, ya que, de haber sido producidas ambas por la misma mujer, no habría habido lugar al suicidio.

Vera rechazó esa concepción, que consideraba absurda:

—¿Crees, acaso, que la sífilis y el amor son incompatibles hasta ese punto?

—Sí, porque no creo más que en un solo amor y una sola moral fundamentalmente biológica. Si yo llego a enamorarme de una mujer, obedeciendo al mandato de mis células, la poseeré, la haré mía y se unirán nuestras células en la suma de un nuevo ser. Si ella está sifilítica—hecho antibiológico que hoy es socialmente inadmisible—, después de la conjunción celular, como está demostrado suficientemente, no es posible, antropológicamente, el desarrollo de la psicosis amorosa, tan natural antes de la conjunción, es decir, de la asimilación química de los gérmenes recíprocos. El individuo que satisface en la misma persona sus impulsos sexuales psicofísicos no se quita la vida jamás por la influencia de las toxinas psíquicas: esto debes explicártelo perfectamente, ¿verdad, Mekong-Sing? En cambio, la acción tóxica de los gérmenes patógenos específicos se aisla, se independiza, se constituye en entidad autónoma y, ocasionando las lesiones cerebrales típicas, es como se produce la locura y, por consiguiente, el suicidio, la muerte de la célula orgánica. En cambio, las perversiones no son más que el resultado de la muerte de la célula psíquica. Por eso me explico perfectamente al necrófilo, al fetichista, al gran sádico y a todos los pervertidos sexuales; pero al suicida por amor después de la satisfacción celular física, no puedo explicármelo. Y si no, bien claro tenéis el caso de estas células, porque en su mundo se efectuó la desintegración de las dos energías a causa de la doble moral que permitía a nuestros antepasados amar con el alma y con los sentidos de una manera independiente y, por lo tanto, artificial. El suicidio, como habéis comprobado, lo determinó la imposibilidad de satisfacer los impulsos psíquicos: pero si habéis encontrado gérmenes sifilíticos en las glándulas genitales y en sus productos, no cabe duda que el suicida satisfizo sus necesidades físicas con otra mujer, a la que, na-

turalmente, no pudo amar, o desear, mejor dicho, más que durante unos momentos, los imprescindibles para que se desarrollara el proceso mecanoquímico de la tumescencia.

—En resumen que, según tu criterio...

—No, no—atajó Couvier rápido—: según la lógica.

—Bien; pero déjame hablar, muchacho. Según tu... lógica o la lógica general, si quieres, el suicidio por amor es algo así como una aberración, ¿no es eso?

—En efecto, aunque prefiero decir que es una locura. Antiguamente, hasta hace medio siglo nada más, las estadísticas demográficas de todos los países acusaban unas cifras de suicidios verdaderamente alarmantes. En la actualidad, la gente sigue quitándose de enmedio, pero no cabe duda que por amor no se mata nadie.

—Porque el amor ha desaparecido del sentimiento de casi toda la Humanidad.

—¡Claro! Pero ha desaparecido porque las nuevas concepciones de la vida han demostrado su ineficacia y lo antisocial de su sentido. El amor ha sido substituído por el deseo de placeres, de deleites sexuales. El placer substituye con ventaja al amor, porque el amor, según lo comprendían nuestros mayores, no era más que el disfraz hipócrita de la sensualidad. El hombre moderno que se siente inclinado hacia una mujer está en el derecho de poseerla y de fecundarla. Hay tantas de sobra que, como tú sabes, son muy pocas las que se oponen a recibir este homenaje, sobre todo cuando ya han desaparecido los hombres imperfectos, y todos, gracias a la eugénica, somos lo hermosos que debemos ser. Pero esto se refiere, hasta cierto punto, a la procreación o al impulso de procrear, y no acaba de ser deleite completo. En cambio, la célula ha quedado en libertad para manifestarse sin trabas ni restricciones, y como los gobiernos están asesorados o constituídos por biólogos, de ahí que no sea posible penar la satisfacción de los impulsos naturales. Después de todo, en muchas razas antiguas la palabra "amor" no ha tenido significación alguna, y, sin embargo, los individuos han vivido completamente dichosos, han tenido hijos y han practicado todos los placeres que las generaciones pasadas catalogaron como inmoralidades y aberraciones. El amor, en resumen, no fué más que el resultado de las presiones sociales, del empeño ascético de considerar como un crimen las relaciones naturales de los sexos. El excedente físico, esto es, la energía sexual acumulada artificialmente, se hubo de manifestar de una manera artificial también: por medio del amor, es decir, de la neurosis, como ocurrió en la caballería medieval, en el romanticismo y en otras expresiones equivalentes, que no eran sino las manifestaciones del impulso sexual brutalmente desviado de sus cauces naturales. Por eso, a partir del primer cuarto del siglo XX, la humanidad civilizada, harta de tantas presiones, acabó con las instituciones tradicionales, empezando por contener las energías procreadoras de la raza. Todavía para completar ese afán de obscuros orígenes eugénicos, se sucedieron las guerras que diezmaron a los hombres, y el placer, en todas sus expresiones, pareció ser la única bandera de combate. Pero nada de conflictos sentimentales. ¿Para qué?... El placer mató al amor, lo mismo que antes había sido el amor la muerte de los placeres en la esfera de lo natural o de lo lícito. Pero como la Humanidad no debía extinguirse, también un remoto instinto biológico nos obligó a buscar en la ciencia la compensación de los desastres sociales. Hoy, prácticamente, no existe el amor: pero tenemos una raza fuerte, vigorosa, inteligente y sana, que viviendo con arreglo a la dictadura de sus impulsos naturales, es mucho más feliz que lo fueron las generaciones antiguas. Creo, pues, querida Vera, que hemos salido ganando en el cambio, aunque esto no querráis comprenderlo los devotos de la "Hermandad de la Moral", secta de verdaderos fanáticos, edición corregida del ascetismo cristiano.

Y todo lo que decía Couvier era, en realidad, cierto. Pero también podía discutirse, y ni él mismo acababa de aceptar sus propias conclusiones. No dejaba de reconocer que, gracias al amor, es decir, a esa "psicosis", como él decía, la Historia registraba hechos gloriosos que de otra manera no hubieran acaecido. Claro es que el fondo de estos sucesos no era más que histórico, mientras la época requería resultados más prácticos, pues aquellos no importaron gran cosa al progreso material de la Humanidad.

La "Hermandad de la Moral", a cuyo frente se hallaban sacerdotes cristianos de la secta naturalistarreligiosa que, a pesar de su corta existencia, contaba en el mundo entero con infinitos

prosélitos, había aprovechado todas las enseñanzas de la historia social del hombre para estructurar sus códigos religiosos.

No se trataba de una secta de ascetas, como Couvier pretendía demostrar: era más bien una agrupación, inmensa, a juzgar por el número de sus adeptos, formada por gentes tan ordenadas, que hasta en lo sexual se asemejaban a los animales, porque sus mujeres sólo parían en épocas determinadas, respondiendo a la periodicidad de sus impulsos, plegados, artificialmente, a las imposiciones del credo.

Los adeptos europeos vivían en bosques y montañas en estado completamente natural, y ello en todo tiempo. A lo sumo, durante los rigores invernales, se permitía el uso de ropas de abrigo a los más ancianos. Pero comoquiera que la alimentación de estas gentes era también naturista y el trabajo, es decir, el ejercicio muscular, constante, apenas si recurrían al fuego para contrarrestar los efectos del frío. Nadie, hasta ahora, había muerto o enfermado de frío ni de hambre.

Las relaciones sexuales normales estaban rigurosamente prohibidas, a excepción de los meses de agosto y septiembre, coincidiendo con la recolección de las cosechas, a fin de que las mujeres parieran durante la primavera, o sea en abril y mayo. Pero fuera de esos dos meses destinados exclusivamente a la recolección de alimentos y a la siembra de hijos, los "Hermanos de la Moral" practicaban la abstinencia de los placeres reproductivos, aunque se permitían ciertas licencias que se adaptaban perfectamente al espíritu de la época y hacían recordar los viejos tiempos de la inmortal Grecia del paganismo.

Naturalmente, el sistema matrimonial se basaba en la poligamia. Un hombre podía tener tantas mujeres como le fuese posible atender, y no mantener, ya que la diferencia de sexos no tenía nada que ver con el trabajo. Al contrario, como ocurre en algunos pueblos salvajes, una mujer era un factor económico de importancia. Por otra parte, como no había necesidades de habitación, de vestidos—¡oh, aquellas "toilettes" de 25.000 francos!—, de perfumes y demás adornos inútiles que aún empleaban las gentes de las ciudades, el matrimonio no dejaba de tener una base económica, pero a la inversa, es decir, que unas cuantas mujeres—cuatro, cinco o seis—ayudaban a un hombre a soportar los gastos de la educación de varios hijos. En estas condiciones

los miembros de la "Hermandad de la Moral" podían permitirse el lujo de procrear hijos sin restricciones, contando, además, con el apoyo económico del Estado y el eugénico de la ciencia.

Claro es que la poligamia, sistema de alto valor social, era incompatible con el amor, porque entonces surgirían los celos, remoción completamente antisocial susceptible de producir los trastornos más graves en las sociedades organizadas.

La denominación bajo la cual se agrupaba esta secta respondía en un todo a los enunciados de la Naturaleza. Era, por lo tanto, una moral natural, es decir, verdadera. Apenas si aprovechaban de las ventajas de la civilización aquellos aspectos que pudieran considerarse insustituíbles; pero de los que podían prescindir, eran rechazados o suprimidos en absoluto, como si no existieran.

—Esas gentes que tanto te entusiasman—decíale Couvier a Vera—se alumbran aún con grasa de reno, como en la prehistoria más adelantada.

—No exageres, René. Se alumbran con luz eléctrica. Lo que hacen es rechazar en absoluto, por ejemplo, lo que se refiere a la fecundación artificial, a la trasplantación glandular, a todo lo que hoy constituye el furor de los adelantos de la ciencia sexológica, porque están convencidos—como lo estamos tú, yo y todos—, de que los procedimientos naturales no pueden ser reemplazados por toda la ciencia de los sabios.

—Es posible. Pero recuerda que hace cincuenta años nada más, la Humanidad entera estaba depauperada, degenerada, y que el mundo entero no era más que una inmensa casa de orates. Sólo los avances de la ciencia eugénica pudieron mejorar la raza y constituir generaciones nuevas. Si fuéramos a investigar en los antecedentes biológicos de todos tus admirados "Hermanos de la Moral", veríamos que, en realidad, el 80 por 100 de ellos están fabricados en las clínicas del servicio de Fecundación Científica y, por lo tanto, no tienen padre conocido. Todavía cabe la existencia del incesto...

—La biología no reconoce el incesto—atajó rápida Vera—. Además—prosiguió—, en buena ciencia eugénica, dime tú si es posible procrear seres más perfectos que los que un hombre perfectamente eugénico puede engendrar a su hermana, completamente eugénica también. Tú sabes que lo único que se opone a la

práctica de las relaciones entre parientes consanguíneos no es una razón antropobiológica, sino un hecho social: la familiaridad. Separa a dos hermanos, varón y hembra, cuando sean niños, y vuélvelos a unir sexualmente cuando estén en condiciones de procrear. Verás cómo eso de la "voz de la sangre" no es más que un mito grosero sin valor represivo alguno. Además, y para terminar, si nosotros mismos no hubiéramos estado separados dos meses largos, no nos hubiéramos besado como anoche y esta mañana. ¿Comprendes?...

—Y, sin embargo, ya ves que hasta hemos dormido en el mismo lecho y no ha ocurrido nada que pueda tener trascendencia biológica.

—Yo estaba cansada y tú... dormido con papaverina.

—¿Qué quieres decir?...

—Nada, René, nada.

También Mekong-Sing intervino en el torneo:

—Me parece, mis queridos maestros, que están ustedes perdiendo el tiempo con esta discusión.

—¿Por qué, Mekong-Sing?—replicó Couvier.

—Pues por la razón elementalísima y rigurosamente celular de que ni usted, ni la doctora, ni yo, ni nadie en absoluto, podemos arrojar de nuestro ser los substratos fundamentales. Todo lo que dicen y opinan no es más que forzar la inteligencia, es decir, lo que hay de artificial en el ser humano y susceptible de acoplarse a las necesidades sociales. Pero en el fondo de todo ello, no hay más que insinceridad, acometividad unas veces, defensa otras y discrepancia siempre. Es un flujo y reflujo perfectamente natural, imprescindible para lo que los antiguos tratadistas denominaban "selección sexual". Claro es que si usted, mademoiselle, o el doctor, fuesen absolutamente sinceros—la dificultad, no lo duden, es también biológica—, la cuestión se desarrollaría sin lucha, elemento que existe siempre en todas las cuestiones sexuales suscitadas entre machos y hembras para cumplir con los mandatos de la entidad célula. Y perdonen al discípulo su fatuidad ante los maestros ...

—¿Pertenece usted a la Hermandad, Mekong-Sing?—arguyó Vera con sorna.

—No, mademoiselle; pero demuéstreme que no tengo razón.

—Nuestro histólogo nos compara con los animales, Vera.

—En efecto, animales somos: muy perfectos, de un gran cerebro, y, por lo tanto, mucho más fatuos que cualquier bestia inferior. Los mismos "Hermanos de la Moral" resultan de una fatuidad inaguantable en algunos aspectos de sus costumbres. Pretenden, por ejemplo, que la pureza de su nueva raza—porque, indudablemente, constituyen una raza aparte—, se basa en el hecho de que la fecundación de sus hijos se verifica en períodos de extremada excitación sexual, es decir, cuando la madurez de las células ovulares y espermáticas corresponden a la mayor energía erótica. O sea que cifran en el erotismo todo el porvenir de la raza, influenciados sin duda por las afirmaciones de físicos remotísimos, los cuales consideraban, como es sabido, que la calipedia, esto es, una parte de la eugénica, dependía de la intensidad de las sensaciones nerviosas. Una mujer muy ardiente podía concebir hijos más fuertes, sanos y hermosos que otra que fuese frígida. Por esta razón, lo primero que hace un "Hermano de la Moral" es erotizar a su cónyuge por todos los procedimientos a su alcance. Pero resulta que en estos ensayos, que tienen lugar sin relación con la periodicidad, no sólo pierden una cantidad X de energías, sino que resulta que la misma fecundación acaba por verificarse de una manera análoga a la fecundación artificial, ya que está comprobado que la pasividad de sus hembras es absoluta durante los contactos normales en virtud del hábito de las desviaciones de su sexualidad extraperiódica.

—¿Y cree usted, Mekong-Sing, que la raza que están elaborando los "Hermanos de la Moral" responde a las conveniencias eugénicas?—apuntó Couvier.

—En efecto, doctor.

—Pues entonces, entre ellos y nosotros no pueden existir grandes diferencias, porque tan pasiva se muestra una mujer fecundada con una jeringuilla que la de un "Hermano de la Moral" mediante el contacto carnal.

—Sí, maestro. Por eso digo que resultan de una fatuidad inaguantable, puesto que lo único diferente es el medio de la conjunción celular química. Todo esto resulta, al mismo tiempo, de la insinceridad de su conducta, que, lo mismo que entre nosotros, como observo en ustedes, se aparta de la finalidad biológica fundamental, pero en sentido inverso. Esto es: nosotros, los que tenemos otra moral, o, mejor dicho, otro concepto, puesto que eso

de la moral es muy aleatorio, disfrazamos los fines con los medios, que, exteriormente, son opuestos, mientras que ellos atribuyen a los medios todo el valor de que los fines carecen.

—En resumen—apuntó Vera—, que la erótica lo es todo, sea la que fuere la forma que adopte. ¿No dice usted eso?

—Ni más ni menos, doctora. Y si es usted capaz de interpretar los hechos de otra manera más biológica, es decir, más natural, estoy pronto a modificar mi criterio y a reconocer que hasta ese instante toda la Humanidad ha vivido equivocada. Y para acabar de ser sincero, me atrevo a decirles con toda naturalidad—que no puede ser irrespetuosidad—, que ustedes acabarán por quedarse en un justo término medio, a pesar de estas discusiones, que no son sino los radios de una rueda que parten de la periferia para concurrir, indefectiblemente, en el eje común. Quiero decir que no harán ustedes más que dar vueltas dentro de un círculo vicioso, sin salida posible.

LAS ADORADORAS DE SAFO

La inoculación del virus amoroso.—Caracteres anafrodisíacos del amor.—Dónde se acaba el amor. Predominio de los elementos físicos de atracción sexual.—Amor y poligamia.—Hemosexualidad y civilización.—Poligamia homosexual femenina.—La rifa del hombre.—El éxito de los "Hombres mecánicos".—Hijos hechos a máquina.—El Estado francés compra niños y cerdos.—Los hijos de los soldados desconocidos.

Vera terminó sus investigaciones al cabo de dos días de trabajo intenso. Había logrado disociar los gérmenes patógenos de las células útiles afectadas por la psicosis. La fué posible diferenciar perfectamente al treponema—aislado en pequeños núcleos en las capas corticales—, que aún no había logrado producir el menor destrozo anatómico, del resto de los agentes morbosos. Demostró que la acción de las toxinas luéticas no habían tenido tiempo de salir del torrente circulatorio, prueba evidente de que el contagio tuvo lugar pocos días antes de la muerte. Desechó la hipótesis de la neurosis sifilítica. Pero no pudo por menos de reconocer que el suicida adquirió la infección huyendo del amor, es decir, de los microorganismos celulares endógenos sometidos a la atracción psíquica de las células de su amante imposible.

Preparó cuatro pequeñas ampollas con los cultivos, de las cuales dos contenían el germen de la psicosis amorosa y las otras dos el de la vacuna antiluética. Los experimentos realizados con un perro la dejaron completamente satisfecha: el animal cayó en un estado de melancolía, de depresión y de quietud, que hicieron temer por su salud a la investigadora. No obstante, aunque todos esos síntomas se referían a la acción de la psicosis amorosa, el impulso sexual del perro era completamente nulo. El hecho de hallarse fuera de la época del celo justificaba la conducta del animal. Pese a que se le encerró con una perra en pleno período de "rut", estado que se provocó artificialmente mediante inyeccio-

nes de adrenalina, el macho no se alteró lo más mínimo, mientras que la perra, joven y vigorosa, hubo de masturbarse con frecuencia para satisfacer su impulso exaltado, ya que aunque tomaba la iniciativa, el perro permancía completamente insensible.

A pesar de ello, cuando la hembra dormía o descansaba de sus furiosos accesos, el macho se aproximaba lentamente a ella lamiéndole el lomo, las patas o la cabeza, pero sin aproximarse jamás a los genitales, pese a que la excitación de la perra se acusaba en la abundante secreción de las glándulas lubrificadoras de intenso aroma afrodisíaco.

El experimento demostraba hasta la saciedad la saturación, por decirlo así, del impulso psíquico; el animal estaba "enamorado" hasta tal punto, que la misma pasión actuaba como poderoso e invencible anafrodisíaco. La espiritualización de las hormonas era absoluta; se demostraba, por lo tanto, que si el suicida hubiera tenido la misma libertad que el perro con respecto a la mujer amada, el marido de ésta tendría derecho a estar tranquilo. Aquella actitud del suicida, como la del perro, era la misma que observaron los caballeros medievales con relación a las damas, a las que no osaban ofender con el más leve pensamiento específicamente sexual.

Couvier, que no dejaba de observar al animal, afirmó:

—Creo, querida Vera, que has exagerado la dosis o que los gérmenes están demasiado saturados. Como ves, el amor no puede ser más antisocial. Este animalito, que sin preparación de ningún género hubiera cumplido perfectamente sus funciones psicofísicas en la época del celo, lo tienes ahí completamente alelado, es decir, enamorado. Sus aullidos no son los característicos de la bestia en celo, sino los de un enfermo: está enfermo de amor. Los polos de su sexualidad están desconectados, y entre la neurona y la glándula no existe la menor cohesión. Al mismo tiempo, es posible que no se den cuenta de sus necesidades en la sublimación de la psique. ¿Qué quiere ese pobre animal? Indudablemente, aunque la finalidad biológica de su estado no sea otra que la procreación de algunos perritos, existe en su psique otra fuerza inhibidora cuyo potencial es superior al del mecanismo físico. Observa que en sus genitales no se advierte ninguna señal que indique la tumescencia: verga fláccida, testículos incrustados en la pared abdominal, ausencia de mucosidades glandulares... Y a todo esto, tiene ante sí una hembra anhelosa de satisfacciones que no se fatigaría ante la acometida de cincuenta terranovas juntos. Es terrible, terrible...

—Tienes que comprender—replicó Vera—que el estado de la hembra es artificial, que está provocado; de ahí su excesiva disposición, lo que seguramente puede influir en el ánimo del perro como agente repulsivo. El impudor, es decir, su actividad exagerada, puede motivar la pasividad del macho.

—No es posible, ya que la actividad psíquica es manifiesta. Por otra parte, la hipótesis de que el perro pudiera ser impotente con anterioridad al experimento tenemos que desecharla, ya que conocemos al animal; además, el suicida no lo fué tampoco, porque el contagio fué intersexual y, además, cohabitó con una mujer a la que no podían unirle vínculos muy antiguos. Su pretendida se casó diecisiete días antes de matarse él, y aun en el supuesto de que hubiera contraído la enfermedad el mismo día de suicidarse, lo que es absolutamente inadmisible, es ridículo pensar que en diecisiete días substituyese a un amor por otro con tanta facilidad. Y que el estado de la hembra esté provocado no nos dice nada que pueda servir de fundamento razonable a tu afirmación: existe el antecedente valiosísimo de que este perro se ha distinguido siempre por su afición a las hembras. Tampoco es admisible la teoría del impudor de la perra, porque un acto impúdico produce siempre repugnancia moral y casi siempre física. Y que el perro no experimenta esos efectos lo vemos en el hcho de que no deja de acariciarla cuando está dormida, demostración clarísima de que quiere de ella "otra cosa", lo que sea, pero que no es la satisfacción específicamente sexual.

Vera rebuscó otros argumentos:

—Yo no he pretendido más que producir en el perro la psicosis amorosa: no me he propuesto hacerle fecundo.

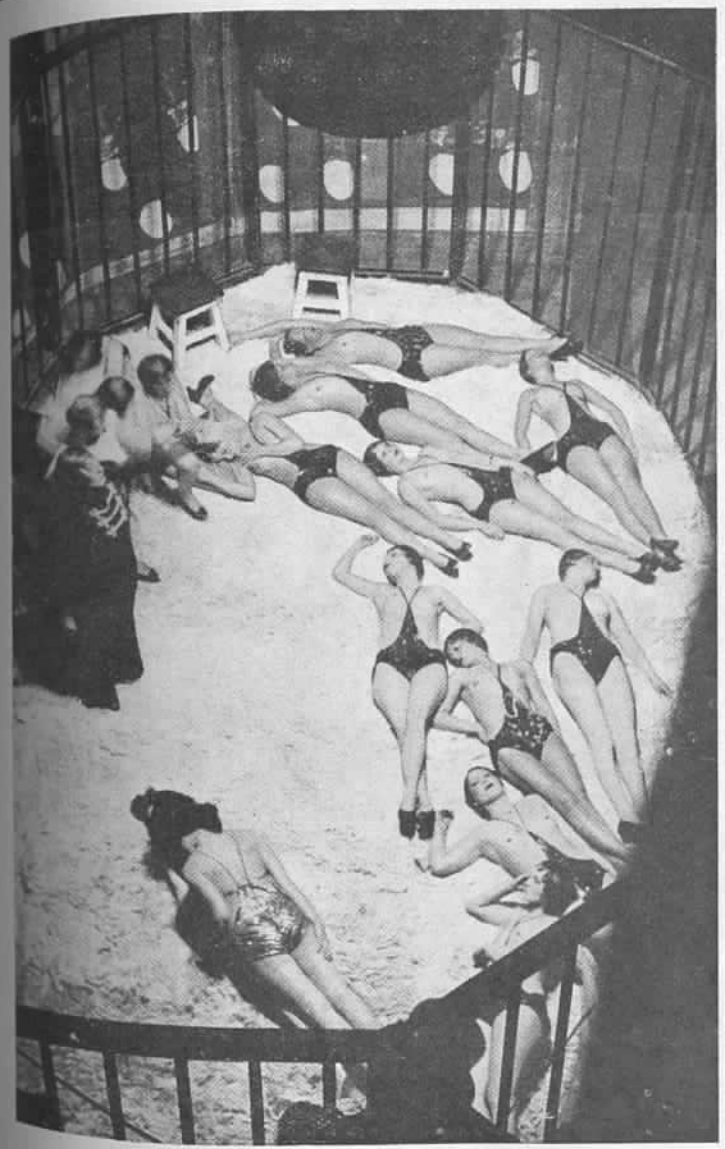
Couvier no pudo por menos de reír:

—¿Para qué quieres el amor si eliminas sus finalidades biológicas? ¿O piensas que los hijos se engendran con miradas, suspiros y caricias como está haciendo ese pobre animal?... Esa función requiere de una actividad muscular que no es la laxitud del desdichado perro ni la del suicida, que apenas si fué activo más que para cohabitar con una sifilítica y pegarse un pistoletazo. Dime, pues, qué resultados útiles produjo a la sociedad humana

el enamoramiento de aquel hombre, y lo que para la familia canina podrán derivarse de la actitud de este excelente terranova.

Vera no respondió. ¿Para qué? Todavía, si el experimento hubiera tenido por objeto todo lo contrario, es decir, excitar las actividades genésicas a costa de la supresión de las disposiciones sentimentales, no habría más remedio que reconocer la utilidad del fin; pero esto era ya antiguo y, por lo tanto, prácticamente inútil. No obstante, si al mismo tiempo se produjera la tumescencia, es decir, la impulsión erótica hacia el individuo del otro sexo, se habría logrado uno de los ideales más valiosos para los eugenistas y, por lo tanto, para la raza. Pero esto era un problema sin solución, porque para ello se habría hecho preciso transformar la ética volviendo por los derroteros de la normalidad. En todo tiempo se había reconocido que el matrimonio o, por mejor decir, la satisfacción de los deseos sexuales específicos, en el 98 por 100 de los casos ocasionaba la muerte del amor o de los impulsos meramente psíquicos. El camino del espíritu en el amor terminaba en el repecho de la sensualidad satisfecha, pesada cuesta casi siempre intransitable.

En la producción de este fenómeno intervenían factores de diversa índole, especialmente estéticos, sobre todo de la parte del hombre. Eso de que el amor se refiere más al fondo que a la forma del sujeto no es posible que ocurra en todos los casos. La especial constitución psicosexual del hombre requiere de la acción de muchas excitaciones, que no son precisamente espirituales, porque entonces no tendría valor la razón antropobiológica de la selección sexual. Póngase a un hombre ante varias mujeres de mentalidad diferente, de edades diversas, de constitución morfológica variada, etc. Todas ellas, seguramente, le inspirarán emociones distintas: una por su inteligencia, la otra, por su juventud, otra, por sus formas, por la curva de sus caderas, por la turgencia de sus pechos, por su simpatía, por su mirada, por lo que fuere, en una palabra. Pero aquella que siendo muy culta, muy inteligente y muy simpática, es decir, espiritualmente sugestiva, no triunfará sobre la que, sin ninguna de estas cualidades mentales, sea bella, joven y esté sana. Después de todo, esto no es nada sorprendente, cuando no cabe duda que el instinto puede manifestarse de una manera que no dependa de la conciencia. Es decir, que si el hombre queda impresionado por los



LAS ADORADORAS DE SAFO

Un sol artificial de rayos azules sustituía a Júpiter en aquel remedo de un pedazo de la legendaria y sugestiva playa de la antigua Lesbos.

LAMINA III



LA NUEVA RAZA

Era la obra más perfecta de la Naturaleza aquel ejemplar de mujer sana, fuerte y maternal, en cuyo cuerpo bronceado por el aire puro el sol arrancaba destellos de oro.

LAMINA IV

caracteres morales de su elegida, como posea los que físicamente interesan a su impulso, la emoción será pasajera o, por lo menos, poco franca.

Antiguamente, cuando el factor económico influía mucho o era el todo en la constitución de los matrimonios, no importaba nada de esto; pero es que, por otra parte, se consideraban naturales, aunque no legales, las satisfacciones eróticas—ya que no sexuales completas—fuera del vínculo o de la unión artificial. Por lo tanto, en estos tiempos en que el siglo está ya en su último año, las relaciones sexuales se establecen sobre una base natural de libertad que empieza en la facultad que el hombre tiene de poder elegir cuantas mujeres desee, ya que éstas abundan hasta el extremo de tener que reunirse en sociedades unisexuales para satisfacer de algún modo los impulsos de su naturaleza.

Por otra parte, en virtud de los métodos científicos de selección, se ha logrado crear un tipo humano perfecto y saludable físicamente; es decir, que todos los hombres atraen casi por igual a todas las mujeres, y viceversa. Pero son los caracteres morfológicos, y no los morales, los que realmente interesan, en vista de que toda la Humanidad ha alcanzado un grado unánime de cultura y, casi puede decirse, que la sabiduría está al alcance de todos. Luego resulta que los factores espirituales de la sexualidad han desaparecido, subsistiendo sólo en la mentalidad de las gentes que habitan en aquellos lugares donde aún no ha podido llegar toda la energía de la cultura.

En general, pues, las causas del amor psíquico han quedado borradas de la espiritualidad de las gentes. Aquellas mujeres que se enamoraban, por ejemplo, de un músico genial, ya no existen, porque el arte se ha mercantilizado de tal forma, que, como hace muchísimos años dijo Schopenhauer, el arte no es más que un oficio. Tal es el sentido de la transformación de las cualidades morales—es decir, imprácticas—del individuo. Todo es materialismo, no cabe duda. Los placeres son sólo de los sentidos, especialmente en lo que a la sexualidad afecta. Ni los padres pueden amar a sus hijos, porque desde muy niños hay que empezar a educarles en la salud, en la fuerza, en la actividad productiva. Se ha realizado, hasta cierto punto, el ideal comunista de que todo, absolutamente todo, debe ser un objeto de producción económica; pero, en cambio, en lo que a la producción de los seres humanos

se refiere, las necesidades de la selección de la raza han impuesto una seria transformación en los métodos. No obstante, si la procreación artificial ha progresado tanto que hasta es posible la determinación preconceptual del sexo, resultado que no puede lograrse por los procedimientos naturales, ha sido porque ya no existe el amor, que, hasta cierto punto, no podía ser más antibiológico en sus resultados. El amor se opone a la poligamia y a la poliandria; hasta hace menos de medio siglo, hasta 1950, aproximadamente, los pueblos en que la familia se asentaba en la poligamia eran los más numerosos. Ahora la mujer no puede tener muchos maridos porque los hombres escasean; pero tampoco resuelve nada la poliandria, mientras una mujer no pueda ser tan fecunda como una coneja. En cambio, la poligamia resuelve el problema de la natalidad, porque un hombre puede fecundar cada día del año a una mujer, sin necesidad de que el amor ande de por medio, ya que un hombre sano, como lo es toda la raza hoy día, necesita de bien reducidos estímulos para cumplir con el mandato fecundador que le impone la Naturaleza... y el Estado. Si un hombre se enamorase de una sola mujer, es decir, si el amor existiese, las demás no dirían nada a sus facultades procreadoras o neurogenésicas. Luego resulta que es necesario destruir el amor, y no descubrir procedimientos para crearle de nuevo, para lanzarlo contra los intereses de la Humanidad y el desenvolvimiento eugénico de la raza.

—Sin embargo, René, el amor existe—replicó Vera.

—Ten cuidado con lo que dices, porque estamos hablando del amor como elemento necesario a la conservación de la raza. Yo puedo decirte que, en efecto, encontramos el amor diseminado, sin cohesión alguna con la biología, en diversas manifestaciones humanas. Pero eso nos tiene sin cuidado, aunque ese amor sea completamente sexual o, por mejor decir, absolutamente erótico, en cuyo caso ya no podemos hablar de amor, sino de erótica solamente. Tienes, por ejemplo, la homosexualidad, ya desaparecida entre los hombres, pero que subsiste entre casi todas las mujeres. Pero esto lo tenían también en la antigüedad del cristianismo en los conventos de monjas, en las sociedades de brujería y, a pesar de todo, en los colegios de doncellas, donde todas podían ser vírgenes, pero ninguna casta, hechos recientes que recuerdan perfectamente nuestros padres.

—Entre los homosexuales hubo siempre personas de genio: Sócrates, Platón y Alejandro... Y, entre ellas, Safo, la diosa de Lesbos—dijo Vera, por decir algo.

—Y bien, ¿qué le debe la Humanidad a aquellos personajes?... ¿Qué es lo que hizo Safo? ¿Tuvo hijos? ¿Hizo algo por la raza?...

—Levantó templos al placer; logró la emancipación de la mujer griega; desarrolló el hetairismo, en cuyas fuentes de inspiración vivieron muchos sabios.

—Nada, nada, nada... Cristo, Zoroastro, Lutero, Newton, Napoleón, Edisson, Pasteur, Marconi, Lenin, Ramón y Cajal y otros hombres positivamente útiles a la Humanidad no le deben nada al hetairismo y, por el contrario, se avergonzarían de que los progresos de la raza tuvieran como base los órganos sexuales de las lesbianas y las prostitutas. Por otra parte, no hay que olvidar que la homosexualidad y hasta las perversiones sexuales no adolecen de un fondo social, aparte de lo que puedan justificar los desequilibrios hormonales. Tú misma, Vera, has sido homosexual, y reconoces que fué por no desentonar entre los selectos. No cabe duda que si tus hormonas fuesen de la misma contextura fisioquímica que las mías, a estas horas... no estaríamos discutiendo. Antes, los hombres más refinados y las mujeres de más destacada intelectualidad eran, o parecían, homosexuales; aquella sociedad de las "Anandrinas" del siglo XVIII estaba constituída por las damas más sobresalientes de la época; pero hoy, las "Adoradoras de Safo" no son más que las "nones", las que no tienen hombre o las que no quieren someterse a las disciplinas de la maternidad. Antes tenían, si quieres, un motivo intelectual como justificante de sus aficiones, cuando no cabe dudar que no faltaban hombres; hoy ya no es lo mismo: la falta de hombres no permite pararse en consideraciones espirituales, las necesidades son más urgentes, más poderosas... Ya es la sexualidad insatisfecha que salta por encima de todas las consideraciones y conveniencias y logra sus fines por los medios que tiene a su alcance. Por esta razón practica el bestialismo el pastor que se pasa semanas enteras aislado en el campo con sus cabras, ovejas, vacas y cerdas; es necrófilo el sepulturero; masturbador el presidiario, el soldado o el campesino... La falta de medios es la causa de todo esto, hasta el extremo de aceptarse lo anormal

como el medio lícito único de lograr los fines esenciales. Luego de aquí resulta que el origen de la homosexualidad de las sáficas modernas hay que buscarlo, por un lado, en la leyenda y la historia, y, por otro, indudablemente, en la escasez de hombres, de donde se deduce que las dos causas no tienen nada que ver con la antropobiología, sino que son fundamentalmente sociales. El día que haya tantos hombres como mujeres habrá desaparecido la homosexualidad femenina.

—Y reaparecerá la masculina.

—No lo creas, eso no ocurre más que entre los "Hermanos de la Moral"; pero la causa no está en las posibilidades hormonales, sino en el hecho también social, reflejado en sus estatutos, de la prohibición del coito heterosexual en los meses que no se consideran útiles para la procreación. Aquí es también la falta de medios lo que justifica la actitud de esas gentes.

Las "Adoradoras de Safo" constituían una entidad que no tenía otros fines sino la satisfacción de las necesidades sexuales de un millar de mujeres, cuyo temperamento no podía avenirse con aquel estado de cosas creado por la falta de hombres. Al mismo tiempo, no cabe duda que había también muchas invertidas sin remedio posible, pero que, a pesar de todo, vivían completamente felices en aquel medio, tan propicio a la práctica de sus especiales aficiones poligámicas. En el fondo, las cosas ocurrían lo mismo que en el resto de la sociedad normalmente sexualizada, es decir, que existían las mismas anormalidades en virtud del desequilibrio de los sexos, ya que la poligamia, lo mismo hetero que homosexual, era la característica del caos de la época.

Estas mujeres habían logrado aislarse por completo del resto de la sociedad, y su organización respondía a los dictados de un código extraño, refundición de los estatutos de la sociedad de "Anandrinas" y de las concepciones de la célebre poetisa, que inspiraba los actos de aquellas mujeres refinadamente perversas.

El domicilio lo tenían en París, allá por una calle apartada de las proximidades del Bosque de Bolonia. Aquello era un vasto hotel o una pequeña ciudad de régimen especial, donde cada individuo gozaba de la más completa libertad, sin que mediase para nada el control de las autoridades. Casi todas ellas trabajaban en los talleres, oficinas, fábricas o departamentos del Estado, lo que representaba la base de su independencia económica. Disponían

de toda clase de distracciones: un club, un cinematógrafo, un teatro, una iglesia y hasta un vasto campo de deportes. Un brazo del Sena, creado artificialmente, producíales la ilusión de un pedazo de mar en el verano. En el invierno seguían practicando la mayor parte de los deportes del estío en la misma orilla del agua, donde después de sus ocupaciones habituales tenían lugar las reuniones más íntimas e inconfesables. Durante la noche, un sol artificial de rayos azules substituía a Júpiter en aquel remedo de un pedazo de la legendaria y sugestiva playa de la antigua Lesbos. (Lámina III.)

Una vez a la semana, generalmente los sábados, se celebraban fiestas extraordinarias, cuyo número final consistía en el sorteo de un "objeto" de valor inapreciable: este "objeto" era un hombre, unas veces voluntario, otras facilitado por la Comisión Asesora de la Dirección de Eugenesia y, muchas, reclutado entre los más vigorosos cargadores del Sena, que por este servicio recibía una indemnización de mil francos, sin más obligación que someterse a la voluntad de su afortunadísima poseedora desde las doce de la noche del sábado hasta las seis de la mañana del lunes.

Varias veces se vieron las "Adoradoras de Safo" en la necesidad de aumentar la cuantía de la prima, porque los hombres se negaban a someterse a tan duro experimento. Hubo algunas afortunadas que, en vez de utilizar con carácter exclusivo los servicios de su premio, lo alquilaban por horas, por medias horas y hasta por quince minutos como mínimum. De esta forma, algunos domingos llegaron a quedar satisfechas hasta cien mujeres, cifra verdaderamente espantosa para las energías normales del cargador mejor cuidado. Claro es que una de las médicas de la Sociedad tenía la misión única de cuidar de aquel desgraciado a base de inyecciones afrodisíacas y reconstituyentes. No obstante, cuando abandonaba aquel infierno tenía que ser transportado a su domicilio con algunas precauciones. Un lunes por la mañana, cuando los empleados del servicio de limpiezas fueron a descargar un volquete de basura, vieron con sorpresa que entre los andrajos recogidos se movía una cosa. Aquella "cosa" era un hombre que salió completamente extenuado de una fiesta de las modernas discípulas de Safo, que, como se ve, no lo eran más que de nombre...

Las autoridades tuvieron que tomar cartas en el asunto, pro-

hibiendo a las felices poseedoras del regalo saturnal que subarrendasen a sus víctimas, no por conmiseración hacia el hombre, sino porque algunas de aquellas mujeres habían dado a luz criaturas completamente raquíticas, muertas o de vitalidad limitadísima, producto natural de unos espermatozoides deficientemente madurados.

Menos mal que un ingeniero alemán pudo perfeccionar, al cabo de muchos estudios y trabajos, el "hombre mecánico", que años antes había inventado un fabricante de gomas de París. La exposición en los Almacenes del Louvre de los primeros modelos constituyó un verdadero acontecimiento. El ingeniero, que dirigía personalmente la propaganda del muñeco erótico, instaló una habitación en extremo confortable, en la que las señoras que lo deseasen podían probar prácticamente las ventajas del artificio. Durante dos meses, la parte del edificio que en otros tiempos había estado destinada a taller de confecciones de señora y caballero, se convirtió en sala de reunión y de espera para la comprobación de las excelencias del hombre mecánico. Algunas señoras esperaron doce horas a que les llegara el turno y, con objeto de satisfacer la enorme curiosidad que en el mundo femenino había despertado el invento, las experiencias fueron transmitidas por radiotelevisión a los rincones más apartados del planeta.

En los primeros ocho días el ingeniero recibió cerca de cien mil pedidos de casi toda Europa. La gerencia del Louvre adquirió entonces la patente del aparato y lo fabricó en gran serie. Una médica de la Dirección de Procreación y Eugenesia propuso a las "Adoradoras de Safó" la adquisición de los célebres maniquíes, y como fueran muy caros, instaló por su cuenta una casa de prostitución mecánica masculina para el servicio de las damas de aquella original sociedad. Como en la Rusia zarista, la inauguración del prostíbulo revistió los caracteres de un verdadero acontecimiento: asistieron las autoridades y el cuerpo diplomático. Aquel mismo día la sociedad aumentó en cerca de otros mil miembros.

Pero la sagaz médica completó la iniciativa con una reforma genial: se la ocurrió requerir el auxilio del Dr. Gladstone, a fin de que la eyaculación de los muñecos, que no era más que un líquido viscoso y opalino debidamente calentado, fuera reemplazada por gérmenes auténticos, es decir, por células espermáticas vitalizadas en cantidad suficiente para producir embarazo. Este líquido, como es natural, tenía que ser sometido al análisis de los químicos de la Dirección de Procreación, los cuales se encargarían de facilitar la cantidad que se considerase necesaria. En efecto, en una sesión solemne se acordó remitir a las sectarias de la poetisa griega cinco millones de tubitos por vía de ensayo. El Estado patrocinó la idea, haciendo un encargo de mil franceses varones, por los que abonaría dos millones de francos al llegar al destete. La inserción del anuncio oficial se hizo tomando como modelo el contenido de una oferta que los carniceros de Chicago remitían por conducto del Gobierno francés a las autoridades del Protectorado de Marruecos para la venta de diez mil cerdos, ya que la reforma de algunas partes del Corán, realizadas por los franceses, había originado esta honda transformación de los hábitos religiosogastronómicos de los descendientes de Mahoma. El caso era acabar con las deudas de la guerra de 1914-1918, que los franceses no habían podido pagar en los ochenta años transcurridos.

Al tiempo justo de haberse verificado los experimentos, algunas mujeres de la entidad lésbicodeportiva dieron a luz unos cuantos chiquillos, cuya nacionalidad biológica no fué posible comprobar en la mayoría de los casos. No obstante, se pudo precisar la procedencia de muchos de ellos: unos eran alemanes, otros italianos, portugueses, ingleses, negros y amarillos. Todo esto había sucedido porque las células utilizadas para el experimento habían sido obtenidas de los cadáveres de los soldados muertos en los campos de Francia desde 1870 hasta 1988. No obstante, el Estado se hizo cargo de aquellos hijos de los soldados desconocidos, siguiendo el criterio establecido de no ocuparse de la paternidad ni de la raza de los individuos que se consideraban necesarios para echarlos a pelear con los ingleses y, probablemente, con los italianos, en las guerras que se esperaban como inauguración del siglo XXI.

Al acto de la inscripción de las criaturas asistió el presidente de la República, quien pronunció un patriótico discurso enalteciendo el patriotismo de la mujer francesa, digno broche—el discurso—de la memorable fiesta.

EL EXPERIMENTO DEL DR. GLADSTONE

La democracia y la nacionalidad.—La transformación de los sexos.—Condiciones esenciales para la metamorfosis sexual.—Los experimentos de Steinhach.—Los monos cambiados de sexo, pero no de psique.—El hijo del "Vampiro de Dusseldorff". La transformación hormónica como base fundamental de la metamorfosis psíquica.—Unas sesiones solemnes.—Comienzan los experimentos.—El entusiasmo de las mujeres.—La solución del problema.

La Prensa tradicionalista, especialmente "L'Action Française", arremetió contra el Dr. Gladstone, reputando su ensayo de verdadero fracaso desde el punto de vista social.

El célebre profesor se defendió como pudo, y hasta los diarios oficiosos del Gobierno contrarrestaron la campaña de los enemigos del régimen, diciendo que no había motivos para hablar de fracaso, sobre todo si se tenía en cuenta el principio de la democracia francesa, fundada en los conceptos de la fraternidad humana. Con arreglo a las leyes, las criaturas nacidas del experimento eran francesas, porque un artículo decía claramente que "son franceses los hijos de padre o madre franceses, aunque hayan nacido fuera del territorio nacional". No había, pues, motivo de protesta cuando todas las madres eran eminentemente francesas.

Pero el Dr. Gladstone acariciaba desde hacía tiempo un proyecto formidable y sorprendente, cuya realización vendría a revolucionar el triste aspecto que ofrecía una humanidad donde la procreación presentaba dificultades insuperables en vista del crecido porcentaje de individuos del sexo femenino, de los cuales una gran proporción se estaba virilizando.

El profesor había citado a sus discípulos Vera Krenieff y René Couvier para que conociesen su proyecto. En efecto, los tres se hallaban reunidos en el despacho del maestro, que empezó diciendo:

—Ya conocen ustedes por la Prensa el resultado de mi experimento con las mujeres de esa entidad mal llamada sáfica, puesto que, en el fondo de su sexualidad, la mayoría no son más que unas infelices sedientas de unas caricias masculinas que nadie les puede prodigar naturalmente. El éxito de ese sinvergüenza fabricante de hombres artificiales demuestra, sin lugar a dudas, la perfecta orientación sexual de esas infelices, que, en efecto, copian a las antiguas lesbianas como consecuencia del desvío de los hombres.

—No obstante, maestro—arguyó Vera—, entre esas mujeres hay verdaderas invertidas de tipo viril.

—De acuerdo, hija mía, pero el Estado no necesita mujeres solamente felices y satisfechas de su orientación sexual: es necesario que cada uno de nosotros contribuyamos a la formación de una patria grande a medida de nuestras fuerzas y, por lo tanto, esas mujeres no cumplen ahora con su deber. El cuerpo de procreadoras voluntarias o, por mejor decir, remuneradas, se está extinguiendo lentamente, mientras que las "Adoradoras de Safo" aumentan en número de día en día, porque, en realidad, es la única institución donde la sexualidad aparece más naturalmente organizada.

—¿A pesar de la homosexualidad?—insinuó Couvier.

—A pesar de todo, porque aunque otra se crea, esas mujeres constituyen un pequeño mundo aparte, en el que la moral de sus procedimientos no es más que la consecuencia de la desorganización externa. Para que esas mujeres no estuvieran de non sería preciso que hubiese un número equivalente de hombres, hecho que no puede lograrse naturalmente. Y a esto es a lo que mi proyecto se refiere y por lo que me he permitido molestarles a ustedes. Pretendo, ni más ni menos, virilizar a cuantas mujeres quieran someterse a la transformación de su sexo por medio de la trasplantación glandular, lograda por la vitalización de los caracteres sexuales primarios de los cadáveres masculinos. ¿Qué les parece la idea?...

Los dos jóvenes asintieron con un gesto de asombro. Couvier, que se había especializado en esta clase de investigaciones científicas, había conseguido resultados muy completos por medio de la trasplantación glandular en individuos del sexo masculino inaptos para la procreación, bien por causa de cualquier enfermedad antieugénica o porque la influencia de determinadas psicosis endógenas o exógenas antisociales hubiera motivado la infección de las células espermatogénicas. Tal era el caso de los alcohólicos, de los criminales natos, de los epilépticos y los locos, o también de los psicópatas políticos, que el Estado no tenía más remedio que esterilizar con el fin de suprimir en lo posible la fructificación de tan funestas semillas, atentatorias contra la seguridad y el bienestar sociales. Pero, sinceramente, René Couvier no pensó nunca en la posibilidad de transformar en hombres a cuantas mujeres estuviesen dispuestas a pechar con las responsabilidades de la virilidad. No obstante, desde el primer momento no dejó de comprender que el problema era de una gravedad extraordinaria, por la razón sencilla de que eran poquísimas las mujeres que estuviesen contentas con su sexo.

—¿Qué condiciones considera usted necesarias en cuanto a las aptitudes para la transformación?—interrogó Vera.

—En primer lugar, huelga decirlo, la conformidad del sujeto, plenamente comprobada. Necesito, además, que el desequilibrio hormonal sea manifiesto, y que esas características tiendan a la virilización consecutiva. No pueden interesarme tanto las pervertidas como las invertidas, aunque en las primeras se pueden aprovechar las disposiciones psíquicas primarias para procurar el aceleramiento de la metamorfosis mediante un simple injerto o, más fácilmente aún, por la antiquísima ovariotomía. En cuanto a los caracteres morfológicos, me interesan los individuos de complexión robusta. El tipo deportivo virilizado es el mejor, y esto no constituye una dificultad, ya que la mayor parte de las mujeres reunen esas condiciones.

El Dr. Gladstone había obtenido la inspiración de su experimento en los antiguos tratados de Steinhach, quien logró transformar el sexo de unas cuantas ratas. La masculinización no ofrecía dificultades insuperables, y todo se reducía a actuar sobre las glándulas endocrinas provocando, ora la hiperfunción, ora la hipofunción. La doctrina de las secreciones internas, notablemente perfeccionada, permitía fijar con exactitud los caracteres sexuales químicos y medir perfectamente las posibilidades orgánicas respecto a la disposición biológica del sujeto. Del mismo modo que la inversión sexual del hombre pudo catalogarse, en la mayoría de los casos, en los índices de la patología endocrina,

así sería posible la masculinización de la mujer. Las teorías expuestas por Ernesto Starling acerca del determinismo inicial del sexo fueron desarrolladas con más perfección por el Dr. Gladstone. Era el predominio de los cromosomas de un sexo sobre los del otro lo que fundamentalmente servía de base en la fecundación artificial; por lo tanto, los cultivos cromosómicos, en proporciones adecuadas, servían para modificar los caracteres sexuales psíquicos y químicos del individuo nato, sea en la edad que fuere. Después de diferenciadas las hormonas masculinizantes y las feminizantes, independientemente de los caracteres puramente físicos, era tarea bien sencilla la inoculación de los gérmenes destructores de aquellos elementos hormonales que se tratase de eliminar, compensando esta destrucción con el aumento de las células supervivientes por medio de la aceleración intensiva.

Steinhach se limitó a la trasplantación glandular, sin poder ir tan lejos como en los tiempos actuales. Por eso, sus resultados fueron imperfectos, porque si bien logró transformar los caracteres sexuales orgánicos, en lo psíquico, aquellos animales que le sirvieron de carne de ensayo no pasaban de ser invertidos, si admitimos que la inversión sea la disposición sexual diametralmente opuesta al significado de los caracteres genitales primarios.

Gladstone hizo el experimento de Steinhach con monos antropoides, es decir, los seres que más cerca se encuentran del hombre en la escala zoológica. A un mono le extrajo los órganos sexuales—verga y testículos—y los injertó en el organismo de una mona, a la que previamente había desposeído del útero y los ovarios. No hizo después más que cambiar aquellos órganos colocando al mono los de la mona y los de ésta a aquél.

La operación, sencillísima en extremo y sin riesgo posible, fué incruenta con arreglo a los métodos del Dr. Kuerten, descendiente de los gérmenes del famoso "Vampiro de Dusseldorff". Este doctor demostró que las teorías sobre la herencia eran muy aleatorias, pues en tanto que su padre fué un feroz sádico sanguinario, él sentía verdadero horror por la sangre, una franca hemofobia, probada en su afán de hacer que las intervenciones quirúrgicas se realizasen siempre sin la menor efusión de sangre. Así fué como operó Gladstone en los dos animales, que al cabo de unas horas, verificada la cicatrización rápida de las heridas, estuvieron en condiciones de ser sometidos al experimento final.

Pero, como era de esperar, la sola trasplantación glandular no produjo la metamorfosis completa de los caracteres psicofísicos sexuales. Provocado el celo en las dos bestias, el antiguo macho conservó toda la acometividad característica de su sexo primitivo, mientras que la hembra antigua, que ahora tenía que desempeñar una función masculina, permaneció mucho tiempo en una actitud indiferente hacia la otra bestia.

Al cabo de algunas horas, la hembra, es decir, "Mupho", se arrojó violentamente sobre el macho, o sea la antigua "Mapha", pretendiendo un coito imposible, mientras que "Mapha" no lograba la menor erección para poder penetrar al simio.

Ahora bien, Gladstone, a quien este resultado no podía cogerle de sorpresa, procedió a la transformación hormónica por medio de la destrucción de las células masculinizantes, que substituyó por las virilizantes en la mona, haciendo todo lo contrario con el macho. Entonces no fué necesario provocar el celo, sino que los animales, obedeciendo a sus propios impulsos, realizaron el ayuntamiento con tanta perfección como si se hubiese tratado de dos individuos normales. Entonces se efectuó el cambio de nombres de aquellos dos seres, que desde el experimento anterior habían vivido como perfectos invertidos.

Esto demostraba una vez más que los caracteres sexuales primarios no decían nada en la mayoría de los casos acerca de las disposiciones psicosexuales del sujeto. Hasta bien entrado el siglo XX se sostuvo, por ejemplo, que el desarrollo excesivo del órgano clitoriniano en la mujer equivalía a un signo inequívoco de homosexualidad, lo mismo que la atrofia testicular o peniana en el hombre se consideraba como un síntoma de afeminamiento glandular psicofísico. Pero, en realidad, tales juicios no fueron siempre justos, y dieron lugar a crasísimos errores, que tuvieron su apogeo en la condenación del hermafroditismo de los romanos y griegos y, más tarde, por parte de los inquisidores, que confundían a estos seres orgánicamente imperfectos con los diablos y engendros de Satanás.

Cuando el desarrollo anormal de los órganos sexuales, o sus defectos, no se relacionaban con la inversión, se establecía una relación con el temperamento. Una mujer de clítoris grande, pe-

chos muy desarrollados, vagina ancha, velluda, etc., tenía que ser por fuerza ardiente; no había medio de demostrar que tales signos no podían ser más inciertos y, a veces, más opuestos a la capacidad real del sujeto. Por el contrario, las mujeres de aspecto muy femenino, de senos pequeños, piel blanca, etc., eran poco menos que despreciadas por los hombres, que no las consideraban aptas para la erótica ni para la maternidad. Posteriormente, pudo demostrarse que sucedía, por lo general, todo lo contrario, y que las mujeres de complexión muy robusta no concebían, ni parían ni criaban a sus hijos con más facilidad que las de aspecto delicado o débil.

Hasta que no se estableció un canon eugénico—pelvis ancha y senos firmes, ricos en glándulas—, la maternidad estuvo encomendada al azar y, por lo tanto, los resultados no fueron siempre excelentes. Fué más tarde cuando se prescindió de la belleza del rostro, de los órganos genitales, del temperamento, etc., para fijar la atención en las caderas y en los pechos, verdadero crisol de la humanidad nueva.

Precisamente este era el punto de partida del Dr. Gladstone en la elección de los sujetos virilizables: ni caderas, ni pechos, ni curvas, ni adiposidades: músculo y nada más, es decir, caracteres viriles secundarios como base de implantación de los primarios. Por eso necesitaba la colaboración de Couvier, especialmente para la provisión de las glándulas necesarias previamente vitalizadas.

Una revista profesional publicó un artículo de Gladstone, en el que exponía a grandes rasgos su proyecto. En primer lugar, gestionó del Estado el primer material de ensayo, que podía obtenerse entre las mujeres recluídas en ciertas prisiones, a las que podía concederse la libertad a cambio de su prestación para los experimentos.

Esta iniciativa fué apoyada por la Dirección de Procreación y Eugenesia. En efecto, una semana más tarde comenzaban los experimentos. Cuatro mujeres de veinticuatro a treinta años, seleccionadas por Couvier entre las 250 que el Estado puso a disposición de Gladstone, gozaban ya de libertad vigilada.

Couvier preparó cuatro glándulas procedentes de cuatro auténticos franceses que acababan de morir en el choque de dos aerobuses.

Los ensayos se llevaron a cabo en el anfiteatro de la Escuela de Altos Estudios Sexuales, ante una concurrencia distinguidísima, compuesta de las más famosas autoridades del mundo científico. Antes tuvieron lugar varias sesiones preparatorias, en las que disertaron Gladstone, Couvier y otros sabios sexólogos. La declaración de Gladstone fué sensacional:

—Señores—comenzó diciendo—, mi último experimento de fecundación artificial recurriendo a los maniquíes eróticos, que tanta aceptación han obtenido entre las más honorables damas de nuestra sociedad, no han satisfecho por entero a toda la opinión. Yo, prescindiendo de esos escrúpulos que no pueden existir en un régimen de perfecta democracia como es el nuestro, no me cuidé de seleccionar los cadáveres a los cuales se extrajeron los gérmenes necesarios para esas fecundaciones, aparte de que no siempre podía ser fácil la tarea de diferenciar la nacionalidad de los muertos. Confieso, sí, que al realizar la investigación toxicológica de los gérmenes hallé en algunos células de la psicosis fascista, del morbo antisemita, del virus comunistoide, etc. Pero, y he aquí mi revelación, si, en efecto, los niños nacidos de esos experimentos han traído a la vida los caracteres de sus antecesores, esto no afecta más que al aspecto morfológico, pero jamás al orden psíquico del conjunto celular, porque, señores, gracias a mis modestos trabajos de selección y purificación de la célula, logré eliminar en absoluto todos los caracteres ajenos a las conveniencias estatales: he procurado, pues, que nazcan buenos franceses, sin que haya necesidad de reparar en el color de la piel o en la estructura craneana.

Una monumental salva de aplausos interrumpió la perorata del sabio.

—Pues bien. Ahora, convencido de que la organización de la vida sexual de nuestro país, como la de casi todos los del universo, ofrece aún las imperfecciones que indefectiblemente se observan en la evolución de todos los procesos revolucionarios, considero de urgente necesidad proceder a la reforma de los sistemas establecidos, atendiendo, en primer lugar, a la existencia de esos millares de mujeres que, viviendo condenadas, como por un feroz anatema, a la insatisfacción de sus impulsos naturales, tienen que recurrir al homosexualismo o a los maniquíes alemanes (Rumores.) para calmar el ardor naturalísimo de su sexualidad,

que se desborda por los cauces de lo estéril, de lo anormal y lo antibiológico.

Gladstone bebió de un sorbo un vaso con una solución de eufórina, y prosiguió:

—Desde la última guerra, hace cinco años, tenemos en Francia un hombre por cada ochenta y tantas mujeres. En Alemania, que sufrió pérdidas más importantes, esta última cifra se eleva al centenar. Y comprenderán ustedes, señores, que por este camino no podemos ir a ninguna parte, ni es posible pensar en la antigua grandeza de Francia, al menos en muchos años, hasta que los productos de nuestras fecundaciones artificiales estén en condiciones de esgrimir las armas del trabajo...

—O los fusiles de Grindell Mathews—interrumpió un pacifista con acento de incredulidad.

—¿Y por qué no si nos obligan a ello? Pero medítese que desde que murió aquel bandido genial que se llamó Napoleón, Francia no ha hecho más que defenderse de sus enemigos, como lo prueba el hecho de que fuera del suelo patrio no es posible encontrar enterrado el cadáver de un soldado francés. Todos nuestros héroes han muerto en Francia, y aun después de muertos, algunos órganos de su cuerpo y los gérmenes materiales de su espíritu siguen prestando a la patria servicios incalculables. Nuestros muertos de guerra, que suman desde 1914 a 1994 más de quince millones, nos ofrecen sus glándulas genitales para este experimento de que os hablo, y cuyo sentido voy a resumir en pocas frases: se trata de la virilización biogénica de las mujeres que excedan al número de hombres, es decir, de la trasplantación de las glándulas genitales masculinas en cuerpos originariamente femeninos, que serán convertidos en hombres perfectamente aptos para la mejor reproducción eugénica de la especie humana o de la raza francesa. Para lograr esta finalidad confío en que serán muy pocas las mujeres útiles que se nieguen a experimentar la transformación de su sexo, condenado ahora a la esterilidad y a la negación de sus derechos sexuales.

Muchas mujeres que asistían a la sesión prorrumpieron en vítores y aplausos ensordecedores, prueba de que al Dr. Gladstone no habría de faltarle material de experimentación.

—Al efecto—prosiguió—, pasaré a exponer a grandes rasgos en lo que consiste mi experimento, del que en vía de pruebas he

obtenido ya los más felices resultados. En primer lugar, considero virilizable a toda mujer que no se encuentre satisfecha con su sexo, y cuyas características morfológicas se ajusten al tipo eugénico establecido por la Dirección de este ramo de la sexología. Serán excluídas aquellas que, aun prefiriendo la transformación sexual, sean reconocidas aptas para la maternidad, como ocurre, por ejemplo, con las homoxesuales pasivas por falta de medios y no por predisposición psíquica. En cuanto a la técnica operatoria, el procedimiento es bien sencillo: se funda en los experimentos del Dr. Steinhach, que fué el primero que ensayó, con éxito muy discutible, la inversión de los caracteres sexuales en los mamíferos inferiores. Mi sistema se basa en la transformación hormónica como punto de partida, y después en el injerto glandular, con arreglo a los métodos preconizados por mi joven y sabio compañero el insigne biólogo René Couvier, y en la vitalización de las células hormonales y espermáticas, según las investigaciones de la doctora Vera Krenieff, la más aventajada de mis discípulos, que acaba de vitalizar las células germinales de una momia de treinta y cinco siglos. Obtenida la vitalización de las glándulas genitales masculinas se procede a la extracción de los órganos genitales internos femeninos—matriz, trompas y ovarios—, para seguidamente verificar el injerto de todo el aparato génitourinario masculino, previa la obstrucción del canal vaginal, o sin necesidad de ello, respetando el órgano clitoridiano por ser una zona erógena de primera magnitud, de la que no considero socialmente útil despojar a la mujer, de cuya forma los casos de frigidez quedarían reducidos a una proporción insignificante, caso de subsistir el trastorno femenino neto.

Cuando el Dr. Gladstone terminó su breve disertación, el público que llenaba el anfiteatro le rindió el homenaje de una ovación clamorosa. Al día siguiente realizó las primeras pruebas, cuyos resultados fueron verdaderamente asombrosos. Las cuatro mujeres fueron convertidas en hombres en pocas horas, y un mes más tarde se realizó el experimento final, consistente en practicar el coito con cuatro muchachas seleccionadas entre varios centenares de candidatas a la maternidad.

A los dos meses del experimento final las cuatro mujeres estaban perfectamente embarazadas con arreglo a los sistemas del determinismo preconcepcional, puesto que tres de las mujeres

virilizadas no podrían engendrar más que varones, y la cuarta, una hembra y un varón alternativamente.

Al cabo de un año, cuando se demostró que la virilización era un hecho de eficacia incuestionable, las mujeres formaban cola en las clínicas oficiales de Transformación Sexual, de cuya dirección se había encargado el Dr. Gladstone.

Así fué posible resolver el magno problema que se había planteado a las mujeres desde hacía unos cuantos años, desechando el antiquísimo procedimiento de la fecundación artificial, derrotado por los nuevos avances de la ciencia sexológica.

EL LOCO QUE SOÑO CON EL AMOR

El motor de los sentimientos humanos.—Un caso de flagrante anacronismo.—Una pasión de veinticuatro horas.—La patología del amor.—En busca del morbo del amor inextinguible.—La biología opuesta a los sentimientos.—No hay determinantes biológicas en el suicidio por amor.—Pasión, celos y homicidio.—Las razones de las tendencias anormales.—Al servicio del Estado y al del corazón.—Epílogo.—La moral del año 2000.

Couvier tomó asiento en la barandilla del ventanal de su clí-
a con el desaliento más vivo reflejado en el gesto. Aquel caso
e se le había presentado en la consulta era uno de los más ex-
años que había conocido en su vida, y, sin embargo, ¡era tan
lgar!... Un hombre enamorado es vulgar siempre; pero la psi-
sis de su consultante adoptaba formas notablemente raras,
si desconocidas. Y, sin embargo, después de haber realizado
a exploración minuciosa, obtuvo la convicción de que aquel
mbre era un ente normal. A lo sumo, era un caso de desdobla-
iento, un paranoico: sus ideas parecían evidenciarlo así.

—Yo creo, doctor—le había dicho—, que el cinturón que lle-
mos como sostén del suspensorio establece la separación de
s dos mitades que forman el cuerpo del hombre. De cinturón
riba, sobre las vísceras más innobles, o menos estéticas, por
jor decir, llevamos el corazón, la más vital de todas y la que
dudablemente dirige todos los impulsos humanos. El cerebro,
cambio, no es más que el motor de arranque, la "puesta en
rcha" del vehículo que acciona el motor cardíaco. Y sin ese
queño motor, el motor grande está siempre en "panne". Pero
r debajo del cinturón hay algo más importante que toda esa
aquinaria, cuyos movimientos dependen exclusivamente del co-
zón. No acepto que ese órgano pueda accionar mediante las
citaciones del motor auxiliar de la puesta en marcha; sus mo-
mientos proceden del corazón, porque, hablando claro y de-

jándonos de parábolas mecánicas, el sexo no acciona si el corazón no lo manda. Yo, señor Couvier, creo en el amor. Y ahora, después de esta confesión, recurro a su ciencia para que me diga qué puede haber de normal en mis razonamientos, puesto que he pensado contraer matrimonio con arreglo a las fórmulas clásicas; mi prometida es una mujer que tiene veinte años, cinco menos que yo, hija de un matrimonio rigurosamente tradicionalista, que la ha educado en los principios más austeros de la moral clásica. Tengo la seguridad de que jamás ha cohabitado con ningún hombre: solamente se ha servido de sus propios recursos para calmar los ardores temperamentales de su sexo, cosa que me parece muy natural, puesto que mi corazón me ha impulsado en diversas ocasiones a rendirle a mi amada esta clase de homenajes. Ninguna mujer me ha inspirado movimientos análogos, porque no sentí afecto por ellas; pero ésta, doctor, ha nacido para mí, para ser mía, para que se efectúe la comunidad de nuestros corazones. ¿Qué opina usted de mí?

Couvier reflexionó unos instantes. En realidad, aquel caso era de una singularidad sorprendente, pero, a pesar de todo, había mucho de vulgar, de normal, por mejor decir, en toda aquella exposición de síntomas. Desde el punto de vista científico, nada podía objetar: socialmente, se trataba de un caso flagrante de anacronismo. Y en cuanto a afirmar que se relacionase con la psicosis amorosa, era muy aventurado; según esa teoría científica, un poco en desuso, sería necesario incluir en los índices de la patología mental a todas las manifestaciones extrahabituales de la inteligencia o de la voluntad humana, es decir, todo lo que saliese fuera del área de lo vulgar, de lo anodino. Lo corriente, lo admitido como verdaderamente normal desde el punto de vista biológico, es que un hombre se uniese a varias mujeres después de haber pasado por un período inicial de prueba sexual, semejante al matrimonio de ensayo que se practicó hace muchos años. Esto, la regularidad de las relaciones sexuales polígámicas, tenía que afirmarse sobre la base de la ausencia de toda clase de estímulos que no fuesen específicamente sexuales, tanto por parte del marido como por la de sus distintas esposas. Pero el caso de un individuo casto hasta ese punto, y de una mujer de veinte años virgen hasta tal extremo, eran de una singularidad sorprendente. A lo sumo, podía pensarse en un caso de ex-

...sivismo de atracción hormonal, que podía ir desde la felici...d suprema hasta la desdicha inaudita. Tal podía ser, a juicio ... Couvier, la explicación del suicidio por amor "antes de la ...junción hormonal"; después, por fortuna, no se registraba ... un solo caso que representase la excepción de la regla.

—¿Y qué tiempo hace que mantienen ustedes estas rela...nes?

—Mucho ya, doctor: desde ayer por la mañana.

—No quiero decir eso: me interesa saber qué tiempo hace que ... conocen.

—¿No le digo? Ayer por la mañana celebramos nuestra pri...era entrevista en el Acuario de las Tullerías. Ella me rogó que ... diese una fricción de termotine, porque hacía bastante frío, y ... friccionarle los pechos reclinó su cabeza y buscó mi boca con ...s labios. Nos unimos en un beso apasionado, y me dijo que ...da su vida había estado esperando a un hombre que besase co...o yo. Confesó que jamás le había encontrado, pero que el tipo ...e presidió siempre en sus delirios naturales fué el mío. Para ...emostrármelo me leyó unas páginas de su diario, escritas hacía ...atro años, y, en efecto, aquel hombre que ella imaginaba era ... mismo. Dibuja tan bien, que mi efigie, mi verdadera efigie, ...parece repetida en aquellas páginas en diversas actitudes. En ...na estoy junto a ella deshojando una flor, de cuyo cáliz brotan ...nas gotas de sangre; en otra aparece ella sola, masturbándose, ...ientras mi rostro surge entre una nube que se esfuma; una ...rcera representa la escena de ella tendida, con las piernas ...biertas y mostrando el sexo, mientras que en el gesto y en los ...razos se acusa una actitud implorante hacia mí... A este tenor ...odía referirle muchos detalles singulares que justifican la de...aración de esta criatura de "amarme" hasta la muerte.

—¿También...?—exclamó Couvier sin poderse contener.

—Sí, doctor, creo que si no realizase sus propósitos ahora se ...icidaría irremisiblemente. Y yo, por mi parte, tengo la misma ...nvicción.

—Pero eso es bien fácil, y cuando existe tan arraigada la con...ción estimo que huelga la consulta. Es, según ustedes, una ...estión de vida o muerte, y ante este dilema, todo depende de ... resolución que adopten. Si ustedes realizan sus propósitos ne...mente sexuales o, si quieren, amorosos, el temor a la muerte

desaparece automáticamente, porque se entregarían de lleno en brazos de la vida: esto es lógico.

El consultante sonrió escéptico, y dijo:

—No me comprende, doctor; lo que a mí, a nosotros, nos interesa saber es si después de lograr nuestros propósitos no tendremos que arrepentirnos de habernos precipitado; hace muchos años se dijo que la sexualidad satisfecha era la tumba del amor, y lo que a nosotros nos interesa es satisfacer nuestra sexualidad sin dejar de amarnos.

El Dr. Couvier comprendió que su consultante era un hombre razonable, a pesar de todo. Se empeñaba, sí, en hacer matemáticas con el corazón, puesto que esta víscera era el "motor" de su actividad. No obstante, la singularidad del caso estaba en este detalle: en menos de veinticuatro horas se había verificado todo el proceso pasional, cuya magnitud quedaba evidenciada en el hecho de que no podía dominarla más que con la muerte. Así, pues, el verdadero problema que se planteaba era de solución bien fácil: tratábase de salvar la vida a dos individuos y, por lo tanto, a sabiendas de que mentía, afirmó:

—Puedo asegurarle, señor mío, que esa pasión violenta que se manifiesta en usted y en su amante no puede perecer mediante la conjunción de los dos grupos de células hormónicas y, por lo tanto, no hay inconveniente en que realicen sus propósitos.

—¿Está usted seguro?...

—Certísimo.

—Y luego, como si comprendiera el alcance de la responsabilidad que contraía, se sinceró diciendo:

—Al menos, ambos salvarán la vida, que, con amor o sin él, es siempre amable. Por otra parte, si hemos de atenernos a las afirmaciones de los antiguos psicólogos del amor, las energías amorosas se renuevan constantemente repitiéndose en diferentes objetos. El hombre, más que la mujer, puede amar a diferentes mujeres con la misma pasión en cortos intervalos.

—¿Está usted seguro, doctor?—inquirió el consultante con ansiedad.

—Eso dicen, y no hay por qué negarlo. No obstante, confío en que su caso, tan singular, no permite ese desdoblamiento.

—Entonces, ¿cree usted que mi caso es único?

—No quiero decir tanto, por lo menos, es excepcional. Nuestros antepasados menos remotos, puesto que muchos viven aún, sólo concebían mediante el suicidio la solución de esta clase de problemas sentimentales; pero ello era porque sus códigos se oponían a la práctica de la sexualidad antes del momento oficial de la noche de bodas. Después, cuando el amor fué libre y no había trabas sociales que lo impidieran, el suicidio por esta causa se borró completamente del catálogo de las neurosis.

—¿Cree usted que los que mataban su pasión con el suicidio no eran seres normales?

—Indudablemente, no. Estos entes eran neurópatas hiperpasionales. Esa pasión producía toxinas que afectaban a los centros nerviosos más importantes, envenenándolos, destruyéndolos. El suicidio no pasaba de ser un simple mecanismo destructor de las células afectadas y, por consiguiente, de todo el mundo celular del sujeto.

—¿Quiere usted decir que yo estoy loco?

—No puedo afirmar eso, porque tampoco existen las causas de la locura. Si esa mujer a quien usted ama se le negase, es decir, se opusiera enérgicamente a la satisfacción de sus necesidades celulares, sobrevendría seguramente la intoxicación. Pero como ocurre todo lo contrario, que ella se le ofrece a usted sin reservas sociales ni morales de ningún género, mientras que usted opone unos reparos que considero lógicos, ya que lo que pretende es prolongar su amor a pesar de la conjunción celular de ambos, resulta que su corazón, esto es, el motor principal según sus concepciones, desarrolla una actividad superior a la del cerebro, aunque, como es natural, usted hace cálculos cardiocerebrales para fijar exactamente su situación. Claro está que, si después de realizar sus proyectos más íntimos, persiste en ambos esa idea funesta, entonces tendríamos necesidad de recurrir a la deshormonización o a la destrucción de las toxinas de la psicosis amorosa.

—¿Esto es posible en todo caso?

—Sí, señor. De la misma manera que, mediante el injerto del morbo psicopático, es posible transformar en un ser apasionado al hombre más indiferente, es fácil desposeer de esos caracteres a quien no puede soportar sus efectos toxiinfecciosos.

—En resumen: que, según el criterio científico, el amor es una enfermedad, ¿no es eso?

—Sí, señor: mental. Y decimos que es una enfermedad, es decir, un fenómeno patológico, porque se opone a la finalidad biológica de los seres. En unos casos, como entre románticos medievales y ochocentistas, el amor impedía la procreación: se amaba, pero no se practicaba el coito. Los ascetas y místicos, que amaban a los santos y santas, al no poder mantener relaciones carnales con los objetos de su adoración, se encerraban en el celibato, practicando el autoerotismo. Al mismo tiempo, la exaltación del impulso amoroso conducía al suicidio a hombres y mujeres, que no podían satisfacer sus ilusiones completamente espirituales... El amor, por lo tanto, es antibiológico, es una anomalía, una neurosis, un caso patológico.

—Pero es que yo ansío poseer a mi amada, y ella ser poseída por mí.

—Precisamente por eso es por lo que no puede decirse que ustedes estén locos, ya que todos sus movimientos tienden a realizar la conjunción celular psicofísica, que es racional según las leyes de la naturaleza, y el amor no es más que lo que debe ser: esto es, un pretexto para realizar el fin biológico. Todo lo que no sea así, es morboso, es patológico y, socialmente, inadmisible. Por esto no me explico que ustedes, teniendo la solución del conflicto en sus inclinaciones, detengan o refrenen la disposición instintiva durante las veinticuatro horas transcurridas de ayer a hoy.

—Piense, doctor, que antes de dar ese paso decisivo necesito tener la certeza de que nuestro amor ha de ser inextinguible, a pesar de todo. Yo, dignamente, no puedo tolerar que una criatura que se entrega a mí con todo el anhelo de su alma y de su carne, fiada en la eternidad de mi pasión, pueda arrepentirse algún día de haber sido tan noble. Me interesa, por lo tanto, amarla siempre e inspirarla la misma ilusión que ha mantenido por mí durante cuatro o cinco años. Por esta razón, si tuviera la sospecha de que algún día ella hubiera de despreciarme por mi desvío, no tendría inconveniente en poner fin al conflicto con el suicidio. Tal es, en resumen, el motivo de mi consulta con usted.

La premisa era perfectamente ingenua. Este pobre hombre, indudablemente loco, soñaba con el amor. Pensaba en la persistencia de esa emoción, en la posibilidad, o en la certidumbre,

...jor dicho, de que los mismos sentimientos que experimentaba ...ora subsistiesen a través de toda la existencia con caracteres ...énticos. Según él, el amor no podía ser más que esto. Y, en ...ecto, no debiera ser otra cosa, porque si no era así, ¿no se evi...enciaba la enorme desproporción existente entre los medios ...uestos en juego y lo efímero de los resultados y lo transitorio ...los fines?... Sólo así estaría justificada la demencia amorosa ...aquellos suicidias: cuando al concentrarse en el amor la má...ima felicidad de la existencia, pero perdurable y duradera tan... como la vida, no pudiera lograrse ese objeto insigne. En...nces, ¿para qué podía valer una existencia así?... Indudable...ente, no habría nada mejor que cortar sus hilos de un solo tajo. ...ero, por fortuna, el amor era lo de menos, mejor dicho, no re...resentaba nada positivamente útil, en virtud de su carácter an...social.

Todo esto lo pensaba Couvier, cuando el ruido de la puerta, al ...brirse para dar paso a Vera, le sacó de sus meditaciones.

—¿Qué haces ahí tan abstraído?...

Entonces la refirió su entrevista con aquel extraño sujeto ...ue pretendía, en estos tiempos, elevar el amor a la categoría de ...na religión y adorarle lo mismo que los hombres de la Edad de Piedra adoraban al Sol y a la Luna.

—Creo que es un loco, un loco que sueña con el amor impo...ible. Y después de todo, tiene ideas geniales. Conoció ayer a ...na mujer a la que, esto no obstante, amaba hacía mucho tiem...po, y pretende amarla con igual intensidad para toda la vida.

—¿Después de haberla gozado?

—No; por lo que dice, aún es, fisiológicamente, virgen. Y ce...lebro que me hagas esta pregunta, porque ello me demuestra ...ue no crees demasiado en la compatibilidad de la psicología ...de la fisiología, ¿no es así?

—No.

Couvier, ante aquella respuesta seca y rápida, se encogió de ...ombros. Pero agregó:

—Supongo que no pensarás en la posibilidad de que Eros ala...o pueda vencer en estos tiempos a Eros sin alas...

—Sí.

—Pero bien, Vera; yo te suplico que no te limites a responder ...on monosílabos y, por lo menos, que argumentes tus afirma-

ciones o tus negaciones, que parecen completamente automáticas. Desde el punto de vista biológico...

—Ya estoy harta de tanta biología, René—atajóle rápida—; no sé qué sentido es el que tenéis de la vida ni qué valor tienen para vosotros, adoradores de la materia, las emociones del espíritu, ni qué ventajas representan para la humanidad los adelantos de la supercivilización. Ese hombre que ha venido a consultarme, es decir, a perder el tiempo, tiene de esa biología que no se aparta del pensamiento un concepto mucho más hermoso que el tuyo. Pero es que el cientifismo del siglo se ha apoderado de tal forma de la Humanidad, que todo aquello que no tiene una explicación axiomática se nos antoja una quimera, cuando no una locura.

—¿Pero quieres demostrarme, criatura, que el suicidio es una solución lógica para esos conflictos sentimentales?

—Entre todos los extremos, siempre hubo términos medios. Ese hombre que te habla de quitarse la vida si no pudiera mantener viva la llama de su ilusión, te ha sorprendido en tu buena fe: te ha engañado, en una palabra, porque veo que tienes el temor verdaderamente pueril de que algún día tu conciencia pueda reprocharte el suicidio suyo. Si hubiera venido a decirte: "Doctor, estoy desesperado; amo a una mujer y no me corresponde. Si usted no logra con su ciencia que se someta a mis afanes, me quitaré la vida." Pero, querido, si te dice todo lo contrario, es decir, que ama y es amado, y que se quitará la vida si le falta el amor, no tienes por qué alarmarte, porque, indudablemente, en el instante de su confesión estaba intoxicado de amor; pero en cuanto recurra al antídoto lógico, esa exaltación desaparecerá como por arte de magia, y el remedio será mucho más eficaz que nuestros cultivos hormónicos positivos o negativos.

—Pues esto y lo que yo sostengo es todo uno: que el amor físico mata al amor psíquico.

—¡Desdichado!... ¿Cómo puedes tú afirmar eso? Lo que ocurre es que, en virtud de la fusión del tóxico y del antídoto, si quieres que lo llamemos así, las células psicofísicas se funden perfectamente, creando un tercer mundo celular, es decir, un tercer estado, que subsiste tanto tiempo cuanto dure el equilibrio sentimental, lo que ocurre a expensas de las emociones fisiológicas de la esfera sexual. Si, después de realizada esta fusión,

no es posible el suicidio, en cambio es perfectamente explicable el homicidio. El suicidio no tiene lugar, porque al mismo tiempo, automáticamente, se operan diversos procesos químicos que dan lugar a la desintegración policelular. Uno de los amantes se separa—hablo de sus células—del otro porque éste ha dejado de llenar las necesidades espirituales o físicas de aquél. En este caso, mientras uno resuelve su conflicto en el desamor, el otro amante prescinde de la conducta del perjuro, para ocuparse sólo de los agentes exógenos que la determinan. Por lo común, según se observa, no sólo en los libros, sino en algunos casos de la vida contemporánea, el desvío está explicado en la atracción que sobre el desviado ejercen otras células. Entonces surgen los celos, es decir, la consciencia de que el derecho psíquico o sencillamente sexual ha sido usurpado. Por lo tanto, y de acuerdo con los principios fundamentales de la biología, esa de que tú tanto hablas, el amante traicionado no se suicida, pero, en cambio, procura eliminar al usurpador, porque si eliminase al amante usurpado, quedaría destruída en absoluto toda posibilidad de recobrar los derechos perdidos. Esto es de una lógica incuestionable.

—Pero reconocerás conmigo, querida Vera, que se han registrado muchos casos en lo que el amante burlado suprime al perjuro y no se ocupa para nada del burlador.

—En efecto. Pero esto no es un hecho biológico, sino sencilla y crudamente social. En las sociedades de base económica, la ley y la costumbre quieren que no existan sentimientos más nobles. Pero cuando las uniones se efectúan en virtud del predominio de las razones espirituales, es decir, del amor, por encima de todo el dolor de la traición, la tendencia instintiva del sujeto tiende siempre a conservar al objeto amado. Esto lo han reconocido todos los legisladores modernos, que no guardan consideraciones para los autores de estos delitos, como sucedía antes. Por último, cuando el desvío se manifiesta, no es siempre el que se desvía el único responsable. En los substratos del ser del otro, es posible que el sentimiento de la responsabilidad medie como freno para la adopción de estas actitudes gallardas, y entonces ya no hay conflicto: viene la separación, más o menos amistosa, y ya está. Por todas estas razones que tú comprendes muy bien, puesto que sostienes idénticas teorías, es por lo que no es

posible el suicidio por amor después de la conjunción celular psicofísica de los dos sexos. Una cosa es la reivindicación del amor usurpado y otra la del amor propio. Si a un pastor le robaban una vaca, al descubrir al ladrón no se le ocurre castigar al animal; lo que hace, si puede, es matar al ladrón; pero en ningún caso pensará en el suicidio. Por lo tanto, aparte lo grosero del símil, este ejemplo te servirá para explicarte los hechos que discutimos.

—Pero la mujer es un ser racional que sabe lo que hace, y la vaca es un animal que no puede poseer ese discernimiento.

—Bien: ya empiezo por decirte que el símil es grosero; pero si quieres matar a la mujer, mátala, pero no te suicides, sobre todo cuando biológicamente no existe razón alguna para su destrucción, en tanto que esa mujer puede tenerlas, y muy poderosas, para abandonarte. Así, pues, deja que tu consultante esté loco y sueñe con el amor... y guarda nuestros cultivos bioquímicos para ofrecérselos al Estado. Ya ves: el material que yo obtuve del suicida de Montparnasse lo inutilicé hace unos días; ya no me interesa.

Couvier la miró a los ojos fijamente, y ella aguantó la mirada con indiferencia, con frialdad. El biólogo recordó aquel viaje de regreso de Bruselas, cuando ella acababa de regresar de Egipto. Fué entonces cuando le preguntó acerca de la posibilidad de transformar los caracteres morales de un individuo mediante la inoculación de los cultivos del germen correspondiente, sin duda con el fin de atraerle hacia sí, sacándole de aquel estado de escepticismo o de indiferencia de tan buen tono en la época.

Ella se había sentado cerca del ventanal que daba al jardín, sobre el que el sol de la tarde derramaba su lluvia de luz.

—Estás bella hoy, Vera; cuando discutes y te acaloras, me produces la impresión de un pequeño monstruo, como aquellos de que hablaban las viejas mitologías.

—¿Es el preludio de un madrigal? Porque entonces, te recomiendo un baño frío, que te vuelva a tu ser habitual. Mira —agregó—, la piscina de tu jardín me invita a bañarme.

De un salto ágil franqueó la balaustrada del ventanal, y, ganando la plataforma oscilante, se arrojó de cabeza al gua fría y transparente de la piscina.

Couvier la vió nadar con energía en la rítmica y perfecta tensión de todos los músculos de su forma elástica y joven. Acostumbrado a verla siempre desnuda, no había reparado hasta entonces en que, entre todo lo bello, era la obra más perfecta de la naturaleza aquel ejemplar de mujer sana, fuerte y maternal, en cuyo cuerpo bronceado por el aire puro, el sol arrancaba destellos de oro... (Lámina IV.)

Unos minutos después entró en la habitación sacudiéndose las briznas de agua. René Couvier la ofreció la felpa de baño, y mientras se la echaba sobre la espalda, la besó en la nuca. Después volvió a sentarse para admirar una vez más la forma impecable del busto de su amiga, y quedó pensativo. Ella se aproximó a él.

—¿En qué piensas, René?

Y él, sintiendo que una fuerza irresistible le empujaba hacia ella, repuso, como hablando consigo mismo:

—Pienso, Vera, que tiene razón ese loco que sueña con el amor...

EPILOGO

Desperté de aquel sueño, que hubiera querido hacer eterno. No obstante, mis alucinaciones me aterrorizaron hasta el extremo de creer que en realidad estábamos en el año 2000. Por fortuna no era así: la moral sexual continuaba tan pura como hace unos días. Obtuve la prueba cuando, al asomarme al balcón de mi casa, que da al Manzanares, unos severos guardianes del orden, es decir, de la moral oficial, se llevaban detenidos a dos niños que habían cometido el delito de bañarse desnudos.

ÍNDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA..... 5

UNA AVENTURA EN PARIS - MONTPARNASSE

El conflicto de Vera Krenieff.—La descendencia del príncipe Ammurabis.—La vitalización de las glándulas.—La psicosis comunistoide.—El imperativo biológico.—La fabricación de seres humanos. Dos soluciones.—En busca del germen de la psicosis amorosa.—En la ciudad de los muertos.—Gerad, el embalsamador.—Los rayos de Grindell Mathews.—La necrocelulina.—Los cadáveres conservados en hielo.—El prisionero de René Couvier.... 9

LOS HERMANOS DE LA MORAL

La neurosis suicida.—La sífilis y el amor.—La muerte de la célula orgánica.—La desaparición del suicidio por amor.—El amor, disfraz de la sensualidad.—Razones sociales del amor.—Los modernos ascetas.—La poligamia, factor económico.—Una razón celular.—La fatuidad del animal humano. Placer sexual y fecundación mecánica.—La erotización de la raza como factor eugénico.—Los fines humanos son esencialmente eróticos..... 35

LAS ADORADORAS DE SAFO

La inoculación del virus amoroso.—Caracteres anafrodisíacos del amor.—Dónde se acaba el amor. Predominio de los elementos físicos de atracción sexual.—Amor y poligamia.—Homosexualidad y civilización.—Poligamia homosexual femenina.—La rifa del hombre.—El éxito de los "Hombres mecánicos".—Hijos hechos a máquina.—El Estado francés compra niños y cerdos.—Los hijos de los soldados desconocidos..... 45

Páginas

EL EXPERIMENTO DEL DR. GLADSTONE

La democracia y la nacionalidad.—La transformación de los sexos.—Condiciones esenciales para la metamorfosis sexual.—Los experimentos de Steinhach.—Los monos cambiados de sexo, pero no de psique.—El hijo del "Vampiro de Dusseldorff". La transformación hormónica como base fundamental de la metamorfosis psíquica.—Unas sesiones solemnes.—Comienzan los experimentos.—El entusiasmo de las mujeres.—La solución del problema. 57

EL LOCO QUE SOÑO CON EL AMOR

El motor de los sentimientos humanos.—Un caso de flagrante anacronismo.—Una pasión de veinticuatro horas.—La patología del amor.—En busca del morbo del amor inextinguible.—La biología opuesta a los sentimientos.—No hay determinantes biológicas en el suicidio por amor.—Pasión, celos y homicidio.—Las razones de las tendencias anormales.—Al servicio del Estado y al del corazón.—Epílogo.—La moral del año 2000..... 67

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I

Gerard, el embalsamador..... 32

LAMINA II

El serrallo del necrófilo..... 33

LAMINA III

Las adoradoras de Safo..... 48

LAMINA IV

La nueva raza..... 49